



UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Escuela de Literatura

Producto artístico

Mama

Previo la obtención del Título de:

Licenciado en Literatura

Autor:

Diego Marcelo Encalada Taday

GUAYAQUIL - ECUADOR

Año: 2020

Declaración de autoría y cesión de derechos de publicación del trabajo de titulación

Yo, Diego Marcelo Encalada Taday, declaro que el desarrollo de la presente obra es de mi exclusiva autoría y que ha sido elaborada para la obtención de la Licenciatura en Literatura. Declaro además conocer que el Reglamento de Titulación de Grado de la Universidad de las Artes en su artículo 34 menciona como falta muy grave el plagio total o parcial de obras intelectuales y que su sanción se realizará acorde al Código de Ética de la Universidad de las Artes. De acuerdo al art. 114 del Código Orgánico de la Economía Social de los Conocimientos, Creatividad E Innovación* cedo a la Universidad de las Artes los derechos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, para que la universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando su uso sea con fines académicos.



Firma del estudiante

*CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN (Registro Oficial n. 899 - Dic./2016) Artículo 114.- De los titulares de derechos de obras creadas en las instituciones de educación superior y centros educativos.- En el caso de las obras creadas en centros educativos, universidades, escuelas politécnicas, institutos superiores técnicos, tecnológicos, pedagógicos, de artes y los conservatorios superiores, e institutos públicos de investigación como resultado de su actividad académica o de investigación tales como trabajos de titulación, proyectos de investigación o innovación, artículos académicos, u otros análogos, sin perjuicio de que pueda existir relación de dependencia, la titularidad de los derechos patrimoniales corresponderá a los autores. Sin embargo, el establecimiento tendrá una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra con fines académicos.

Miembros del tribunal de defensa

Luis Arturo Muyulema Agualongo

Tutor del Producto artístico

María Paulina Briones Layana

Miembro del tribunal de defensa

Carlos Andrés Landázuri Suárez

Miembro del tribunal de defensa

Resumen

El producto creativo que se presenta a continuación es una noveleta, cuyo tema central es la historia personal. El protagonista viaja a su ciudad natal para completar la figura de su madre fallecida hace mucho tiempo y así recomponer su individualidad deteriorada por el fallecimiento de su padre y, sobre todo, el abandono de su novia. El lugar donde se desarrollan todas las acciones de los personajes es la sincretizada ciudad de Angabamba que está entre la aculturación y el florecimiento cultural lo que permite reflexionar sobre la interculturalidad en nuestra sociedad. Las relaciones de poder, institución-individuo o individuo-individuo, es un subtema importante que atraviesa a todos los personajes. El entrecruzamiento de la historia subalterna del protagonista con la historia oficial es la que desencadena el desenlace, lo cual nos invita a repensar la relación entre estas categorías. *Los ríos profundos* de José María Arguedas y *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño son textos que influenciaron mi proceso creativo.

Palabras Clave: Narrativa, historia, interculturalidad, disidencia.

Abstract

The following creative product is a novel which central theme is the personal history. The protagonist travels to his hometown to complete the figure of his mother, who died a long time ago, and thus recompose his individuality, which was deteriorated by the death of his father and, above all, the abandonment of his girlfriend. The place where all the actions of the characters take place is the syncretized city of Angabamba, a space in between acculturation and cultural flourishing– this allows the reflection on interculturality in our society. Power relations, institution-individual and individual-individual, are an important subtopic that influence all the characters. The intersection of the protagonist's subordinate history with the official history is what triggers the outcome, which invites us to rethink the relationship between these categories. *Los ríos profundos* by José María Arguedas and *Los Detectives Salvajes* by Roberto Bolaño are texts that influenced my creative process.

Palabras Clave: Narrative, history, interculturality, dissent.

ÍNDICE GENERAL

Prólogo.....	7
Bibliografía.....	17
Noveleta	18

Prólogo

Después de conocer a Dolores Cacuangó, indígena cayambeña del siglo XX, en una clase de Kichwa y cosmovisión andina, me quedé fascinado con su liderazgo. Me propuse, entonces, rendirle homenaje mediante la escritura de una noveleta basada en su defensa al derecho a la tierra. Así, el conflicto de mi obra se concentraba en la disputa entre la comunidad de Angabamba, liderada por una indígena conocida como Mama Duru, y una empresa turística ávida de usurpar las tierras. Era una historia noble, pero, a nivel literario, la historia de la malvada empresa del mundo occidental que llega a corromper la naturaleza paradisíaca de la comunidad indígena ponía en riesgo la verosimilitud.

Por tal motivo me propuse hacer una noveleta desde una nueva perspectiva, sin idealizar ni victimizar al indígena. A esto se sumaron otros temas de mi interés como las redes sociales y la libertad de expresión. Decidí que Río, hijo de Mama Duru, era el indicado para conducir los puntos anteriores expuestos y dejó de ser narrador, como lo tenía previsto, para convertirse en narrador protagonista. Río, fracasado en el amor y en su profesión de periodista, va en busca de la memoria de su madre fallecida a finales de la década del ochenta en el contexto de su lucha social.

La relación de Río con su madre y con su entorno ameritaba el aire intimista que da el tipo de narrador protagonista, y tomando en cuenta su deteriorada individualidad. Con un tono irreverente describe, cuenta, juzga, conversa y mira el mundo a lo largo de ocho capítulos ordenados cronológicamente. Cada capítulo corresponde a un día, desde el 28 de marzo del 2019 al 1 de mayo del mismo año. El narrador, por momentos, cede protagonismo en favor de otros personajes, limitándose tan solo a preguntar o acotar, propio de su oficio periodístico; por ejemplo, en el tercer capítulo, cuando Catalina Chushianga, más conocida

como la bruja, cuenta la intromisión de la empresa turística. Las voces de los personajes que Río encuentra en su andar reconstruyen a su madre en función de sus puntos de vista mediante recuerdos que han vivido o les han sido contados. Estas voces dan una perspectiva múltiple a la historia oficial que ha sido deformada por Almadueñas, el antagonista de la noveleta. Río, con todos estos testimonios, descubre los rostros de su madre: su lado luminoso y oscuro para complementar su recuerdo y, en última instancia, completar su propia identidad. Mama Duru y Almadueñas, son personajes ausentes que, a pesar de ser los menos actuantes, condicionan las acciones del resto de los personajes en Angabamba, ciudad donde transcurre todo, y en la cual se evidencia el sincretismo cultural.

En un artículo de la revista *Pueblos Indígenas y educación*,¹ unos jóvenes indígenas aymaras que migran hacia La Paz y hacen hip-hop nos recuerda que no existe esencialismos en la identidad indígena ni en ninguna otra. La identidad se nutre de muchos factores como en el caso de Rob, que se autorepresenta mediante la realización de su arte, música tradicional mezclada con electrónica y letra en inglés, lo que refleja la tensión entre la vanguardia y la tradición trastocando así el imaginario que se tienen de los indígenas como campesinos o artesanos. Rob vive menos inmerso en las costumbres tradicionales que en la revolución informática, fomentada por la globalización. En Río, en cambio, existe un bagaje de tradición oral que se aprecia en los mitos ficticios al pie de página que están inspirados en la oralidad andina que cuentan sobre amoríos entre volcanes, como si de personas se trataran.

El lenguaje informal calza perfectamente en la manera de ser de Río, Rob y Nina, que provienen de distintos medios culturales. Hay otros lenguajes con estilo propio: artículos de periódicos, poemas, mitos, testimonios, propaganda comercial y política. El uso del kichwa

¹ Verónica Tejerina. «El aymara en el mundo del hip-hop». *Pueblos indígenas y educación s/e*, n.º 62 (2013): 111

tiene que ver con el grado de acercamiento que los personajes tienen de su cultura. El kichwa es una lengua minoritaria usada en ciertas actividades y espacios ya que la sociedad ecuatoriana es diglósica, donde el castellano tiene un prestigio social mayor al de las lenguas ancestrales por lo que una buena parte de kichwa-hablantes tienen la creencia de que al no hablar su idioma y no transmitirla a sus hijos evitarán ser discriminados:

Las minorías etnolingüísticas tienden cada vez más a abandonar su lengua materna en beneficio de otras lenguas, también en lo que se refiere a la crianza de los niños y la educación formal.²

Rob, Nina y Río transforman los roles tradicionales del kichwa. Para la traducción de palabras utilice mi conocimiento previo de la lengua y ayudado por el diccionario *KICHWA. Yachakukkunapa Shimiyuk Kamu* elaborado por el Ministerio de educación y para el poema que Río recita, tuve ayuda de mi tutor Arturo Muyulema, hablante de dicha lengua.

Hay dos novelas que han sido fuentes de inspiración para escribir mi noveleta y que ocupan un lugar importante en las letras latinoamericanas. Una de ellas es *Los detectives salvajes* del escritor chileno Roberto Bolaño.

García Madero, estudiante de derecho, narra en forma de diario siguiendo una cronología lineal la primera parte y la tercera, desarrolladas en México y Estados Unidos, entre 1975 y 1976. La primera parte se titula «Mexicanos perdidos en México (1975)» y se enlaza con la tercera parte «Los desiertos de Sonora (1976) », en ellas, García Madero narra su recorrido por Ciudad de México y su relación con sus amigos, la literatura, el erotismo. La primera parte se desarrolla en cafés, bares, librerías, lugares cerrados, en contraposición

²Unesco, *Vitalidad y peligro de desaparición de las lenguas*. (París: 2003)
http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/HQ/CLT/pdf/LVE_Spanish_EDITED%20FOR%20PUBLICATION.pdf

a los lugares abiertos de la tercera parte. La segunda parte «Los detectives salvajes (1976-1996)» destaca por su polifonía y cronología no lineal. Está plagado por decenas de testimonios de distintos personajes que narran vivencias con Ulises Lima y Arturo Belano en ciudades como Ciudad de México, París, Tel Aviv, Barcelona, Madrid, Roma, San Diego, y entreverados con los testimonios de Amadeo Salvatierra de 1976. En la tercera parte, los detectives salvajes, Ulises Lima y Arturo Belano, junto con García Madero y Lupe, emprenden el viaje por el desierto de Sonora para buscar a una suerte de matrona de su movimiento literario y es como una búsqueda de un pasado añorado, pero luego de encontrarla, al fin, le producen indirectamente a la muerte, lo que constituye una ironía del destino.

Otra característica de la novela es el humor, en la entrada del 23 de diciembre escribe: «Hoy no pasó nada. Y si pasó es mejor callarlo, pues no lo entendí»³ También cuando hace la descripción de los personajes con epítetos: «Dentro del inmenso océano de la poesía distinguía varias corrientes: maricones, maricas, locas, ninfos, y filenos»⁴ o cuando García Madero dice ya por el final de la obra y en un momento de tensión extrema que termina en la muerte de Cesárea: «vi a Cesárea, vi la mole de Cesárea Tinajero que apenas podía correr pero que corría».⁵

Los Ríos profundos del peruano José María Arguedas, es la otra novela me ha influenciado. Es una obra donde confluyen el mundo mestizo y el mundo andino tanto en la historia como en el manejo del lenguaje: el género literario de la novela, que viene de occidente, se conjuga con los huaynos, que vienen del mundo indígena.

³Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes* (Barcelona: Anagrama, 2013)

⁴Bolaño, *Los detectives...*, 83.

⁵Bolaño, *Los detectives...*, 604.

Aunque la novela esté nutrida por el trabajo antropológico del escritor para crear el ambiente, se adhiere a lo que Mario Vargas Llosa afirma a propósito de la novela: «la literatura expresa una verdad que no es histórica ni etnológica».⁶ Esto también se evidencia en el uso del lenguaje, que es un artificio literario y no corresponde al habla real de los indígenas: «Los indios no hablan en ese castellano (refinado) ni con los de lengua española, ni mucho menos entre ellos»⁷. El vocabulario y la sintaxis del castellano y el quechua se mezclan para crear este nuevo lenguaje.

Rasgos poéticos están en la prosa de Arguedas como en la descripción de su encuentro con las piedras del muro cuzqueño en el primer capítulo. Ese es un momento sensorial, emotivo y místico que Ernesto, el narrador protagonista, experimenta en medio de su estancia en Cusco. Esta experiencia se aleja de la racionalidad occidental y se acerca a la cosmovisión andina, donde la naturaleza emite signos para comunicarse con las persona. El lenguaje va acorde con esta mística por lo que la utilización de la prosopopeya es fundamental en la narración: «La voz del arpa parecía brotar de la oscuridad que hay dentro de la caja»⁸. La música, la exclamación, el sonido de las campanas son elementos que dan sonoridad, un lenguaje también vivo que da mucha expresividad a la novela. : «¡Jesús! Jesús! ¡Dios mío!»⁹, «¡Eh, tú, vagabundillo, zorrillo, zorrillo! –me iba diciendo».¹⁰

Los textos representativos de la narración, si bien no reconozco como influencia directa, son obras que no envejecen y nos siguen enseñando cosas en cada interpretación y

⁶ Mario Vargas Llosa, *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo* (Madrid: Alfaguara, 2008), 103.

⁷ José María Arguedas, *Yawar fiesta* (Lima: Horizonte, 2011), 17.

⁸ José María Arguedas, *Los ríos profundos*. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana, 2006. Edición en PDF.

<https://mercaba.org/SANLUIS/ALiteratura/Literatura%20Peruana/Arguedas,%20Jose%20Mar%C3%ADa/Narrativa/Los%20r%C3%ADos%20profundos.pdf>

⁹ Arguedas, *Los ríos...*, 138.

¹⁰ Arguedas, *Los ríos...*, 166.

esa es la particularidad de una obra maestra. *Cien años de soledad* es la novela cúspide del realismo mágico, escrita por el colombiano Gabriel García Márquez. Se compone de veinte capítulos, en los cuales se narra la historia de las generaciones de la familia Buendía y del pueblo de Macondo. El tema es el nacimiento u origen, auge y decadencia, es decir, el proceso de todo organismo vivo y de algunas comunidades.

La prosa de García Márquez es dinámica lo cual no permite perder el interés del lector mediante la utilización de hipérbolos, metáforas, comparaciones creativas con dosis de humor bien distribuidas:

Sin proponérselo, la mujer miró a José Arcadio y examinó con una especie de fervor patético su magnífico animal en reposo. —Muchacho —exclamó—, que Dios te la conserve.¹¹

La narración hace saltos cronológicos al pasado y al futuro, lo cual afecta en la linealidad de los acontecimientos. Pero esos saltos son circulares porque más adelante en la narración se vuelve a retomar y culminar la acción anticipada; por ejemplo, el primer capítulo de la novela comienza con una prolepsis: «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo».¹² Después de subidas y bajadas, el coronel es asesinado por el pelotón, al final del sexto capítulo.

Quizás para Aureliano, José Arcadio, Amaranta, el recibir los nombres de sus ascendientes son el primer paso para seguir ese camino de desgracia que persigue y es que la tradición, especialmente en contextos pequeños como lo es Macondo, tienen un peso decisivo

¹¹Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*. Edición en PDF. <https://freeditorial.com/es/books/cien-anos-de-soledad/readonline>

¹²García, *Cien...*, 2.

que algunos personajes tratarán de quitarse de encima. Sin embargo, las cosas se repiten una y otra vez, aludiendo a la vida como un sistema cíclico que se repite a nivel interno, familiar, e intergeneracional como lo presenta la novela. Estos infortunios se terminan únicamente cuando el linaje Buendía se vaya acercando a su final y Macondo entre en proceso de decadencia y sea borrado del mapa. Así se cumplía el triste destino ya escrito de la familia Buendía y sus descendientes, todos ellos condenados a la soledad como dice el título de la novela.

El cuento *El Aleph* de Jorge Luis Borges es uno de los más representativos en castellano. Está enmarcada dentro de la literatura fantástica, y es el Aleph, aquella pequeña esfera de unos centímetros de diámetro, el elemento extraordinario que fascinará al narrador protagonista, llamado también Borges en un intento por difuminar la frontera entre la realidad y la ficción, y a Daneri.

Las acciones ocurren en un ambiente lúgubre, después de la muerte de Beatriz Viterbo, la amada de Borges. Los acontecimientos transcurren con cierta pasividad hasta que Daneri, primo de Beatriz, llama a Borges y le dice que demolerán su casa y con ello al Aleph y desde ahí se pone sobre la mesa el problema filosófico del cuento. El Aleph parece representar la facultad de Dios de ser omnipresente, y que Daneri lo usa en su beneficio para ganar un premio de literatura. Es como la memoria del universo, en el que todos los lugares y todos los tiempos se encuentran comprimidos en un solo objeto, en una sola imagen.

Vi todos los espejos en el planeta y en ninguno de ellos logré verme; vi en la parte de atrás de la calle Soler los azulejos que 30 años antes vi e la entrada de la casa de Fray Bentos; Vi las matas de uvas, la nieve, el tabaco, las vetas de metal,

el vapor... vi la frágil distribución de los huesos de la mano, vi a los que sobrevivieron en una guerra mandando tarjetas de postal.¹³

El Aleph visto desde una perspectiva contemporánea podría ser un celular, lo que no es descabellado ya que Daneri elogia el hombre moderno. Desde un punto de vista actancial, los personajes giran en torno a Beatriz Viterbo y al Aleph, ambos se pierden en la memoria de Borges.

En el cuento, se concentra temas constantes en la obra de Jorge Luis Borges: el tiempo, el conocimiento, el infinito, el lenguaje, la memoria. El lenguaje, cuya naturaleza es sucesiva, no puede representar la simultaneidad de los hechos que ocurren en el Aleph, según el protagonista. Es en otro de sus cuentos llamado *Escritura del Dios* en que Borges construye el mismo tema. En él, las manchas de un tigre son como un Aleph escrito y es visto también como la facultad de Dios donde está todo lo conocido. Borges al descifrar las manchas del tigre piensa:

Un dios, reflexioné, sólo debe decir una palabra, y en esa palabra la plenitud. Ninguna voz articulada por él puede ser inferior al universo o menos que la suma del tiempo. Sombras o simulacros de esa voz que equivale a un lenguaje y a cuanto puede comprender un lenguaje son las ambiciosas y pobres voces humanas, todo, mundo, universo.¹⁴

Hoy más que nunca estoy consciente de la naturaleza de una obra literaria. Un texto creativo no está aislado, sino que se nutre de forma directa o indirectamente de otros textos literarios, de otras artes, de la cultura y, por supuesto, de las experiencias de cada escritor.

¹³ Jorge Luis Borges, El Aleph. *El Aleph* (Barcelona: Alianza editorial, 1998), 66.

¹⁴ Jorge Luis Borges, Escritura del Dios. *El Aleph* (Barcelona: Alianza editorial, 1998), 47.

Las obras que pertenecen al canon literario son celebradas por los medios de comunicación, por las universidades, por los escritores, por los lectores, etc. Esto nos dificulta prestar más atención a la obra de escritores que se encuentran en los márgenes, aunque se podría decir, igualmente, que nos impide leer a otras obras canónicas; lo cierto es que hay una imposibilidad de leer todo cuanto se quiera. *Funerales vikingos* de Michi Panero y *Renuncia* de Francisco Cándido Xavier son, precisamente, obras que no son aceptadas como parte de ese canon y que contribuyen a que mi pasión por la literatura siga viva. Estoy seguro que ellas aportaron a la formación de mi propia voz, si bien me falta mucho que aprender y desarrollar. *Los ríos profundos*, con su manejo del lenguaje, sensibilidad a la cosmovisión indígena, rebelión que muestra la relación de las instituciones contra los individuos y comunidades, y *Los detectives salvajes*, con su forma valiente de escribir, la tozudez de los personajes para conseguir sus objetivos, son novelas que influenciaron de manera directa para la elaboración de mi noveleta.

Del proceso de escritura, tomando en cuenta que mi obra aborda cuestiones sensibles de la vida humana, podría decir que fue un desafío intelectual y emocional. Mientras escribía y corregía el texto una y otra vez durante meses, me sentía como un artesano o un carpintero que moldea la materia prima en largas jornadas, solo que yo lo hacía con palabras. Es por eso que, aparte del conocimiento literario, me ha sido necesario mucha constancia para la consecución de este escrito. He podido vislumbrar el arduo trabajo que tiene que atravesar el novelista, diferente a la experiencia de escribir poesía, género al que había dirigido todos mis esfuerzos.

A medida que la escritura afectaba mi percepción de la realidad, en lugar de afectarme negativamente como se esperaba, sentí que me asaltaba una sensación de curiosidad creciente por la cultura indígena, lo cual me permitió conocer a kichwa-hablantes: la tendera de mi

barrio, comerciantes de mercados artesanales, vendedores ambulantes que recorren en las noches las calles del centro de Guayaquil. En definitiva, ha sido el descubrimiento del otro, que siempre estaba ahí, pero invisible hasta entonces para mí, lo que me abre otra perspectiva de este pequeño país multicultural.

Bibliografía

Arguedas, José María. *Los ríos profundos*. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana,

2006. Libro disponible en:

<https://mercaba.org/SANLUIS/ALiteratura/Literatura%20Peruana/Arguedas,%20Jose%20Mar%C3%ADa/Narrativa/Los%20r%C3%ADos%20profundos.pdf>

Arguedas, José María. *Yawar fiesta*. Lima: Horizonte, 2011.

Bolaño, Roberto. *Los detectives salvajes*. Barcelona: Anagrama, 2013

Borges, Jorge Luis. *El Aleph*. Barcelona: Alianza editorial, 1998.

García Márquez, Gabriel, *Cien años de soledad* s.c: s.e, s.a. Libro disponible en:

<https://freeditorial.com/es/books/cien-anos-de-soledad/readonline>

Tinajero, Verónica. «El aymara en el mundo del hip-hop», *Pueblos Indígenas y Educación*

s/e, n.º 62 (2013), 111.

Unesco, *Vitalidad y peligro de desaparición de las lenguas*. París: 2003. Documento

disponible en:

http://www.unesco.org/new/fileadmin/MULTIMEDIA/HQ/CLT/pdf/LVE_Spanish_EDITED%20FOR%20PUBLICATION.pdf

Vargas Llosa, Mario *La utopía arcaica*. Madrid: Alfaguara, 2008

Jueves, 28 de marzo. 7 pm.

Llego al terminal de buses de Angabamba¹. Voy por el patio de comidas ojeando el menú con desidia como quien pasea sin dinero. Subo y bajo, errante, por las escaleras eléctricas colmadas de gente. Voy al baño. Mientras meo un par de gotas, la publicidad en pantallas led me entretiene. Me veo en el espejo, me despeino, me peino y salgo. Hago tiempo hasta que Rob² venga a verme.

Seis horas de un surtido de películas de acción y de humor me fragmentó. Fue imposible no mirar en el bus al menos uno de esos trastos. Las películas en el bus me producen el efecto contrario: las horas de viaje se multiplican. No logré conciliar el sueño en ningún momento por los tiroteos y carcajadas.

Invoco a Rob, imaginando a la bruja³ a quien veré mañana, para que ¡chas! aparezca frente a mí. Salgo del terminal. En un semáforo, jóvenes rastas lanzan fuego por la boca. Extranjeros, con cámaras colgando de sus cuellos, entran y salen de exclusivas boutiques donde venden prendas con motivos tradicionales. Las palmeras hollywoodenses en los parterres trazando una perfecta línea recta son un buen ejemplo de la gestión de Almadueñas⁴.

¹ Valle del águila. Anka: [aŋga] águila. Pampa: [pamba] valle

²Roberto Lema Salazar (Angabamba, 1988) es un productor musical y mediano empresario angabambeño. Corrige a quien le diga dj, en lugar de productor musical.

³Catalina Cushianga Hurtado (Angabamba, 1957) es yachak. Más conocida como la bruja Catalina. Cushi: [kuʃi] alegría. Anka: [aŋga] águila

⁴Ramón Almadueñas Tumipamba (Angabamba, 1954) es un economista, caudillo local y empresario angabambeño. Hace un año llegó por segunda vez, la primera fue a finales de los ochentas, a la alcaldía de Angabamba. Ha perdido dos elecciones presidenciales siendo el candidato de Justicia Popular (JP), uno de los movimientos políticos más fuertes del país.

Al fin llega Rob. Viste de camisa blanca, *blue jeans*, Converse negras y un sombrero gris de ala ancha sobre su cabello trenzado. Se lo ve immaculado. En Quito solía vestir todo de negro, algo desaliñado, fiel a su estilo *underground rocker*; sin embargo, el tiempo no ha curado su impuntualidad. Nos abrazamos e intercambiamos las mismas preguntas ¿cómo estás?, ¿cómo te va? y respondemos con los mismos silencios. Dejamos de abrazarnos y subimos a su Hummer amarillo. ¡Boom! ¡Kaboom! suena a lo lejos. El sonido de la pirotecnia rebota en los edificios de hoteles. Autos y perros chillan.

—¿Y eso?

—¿Qué? ¿La pirotecnia?

—Sí.

—Por las Fiestas de la Virgen de Angabamba, pues loco. ¿No viniste para eso?

—Lo olvidé por completo. Y vine para entrevistar a la bruja como te dije por teléfono, pero creo que estaba hablando solo.

—Cuídate, loco. Si Almadueñas se entera, mínimo te pone otro juicio por cualquier huevada.

—Los juicios poco me importan.

—Loco, sí que eres bien masoquista. ¿No tuviste suficiente? Y encima regalas dinero a los peores abogados del Ecuador que no dan pie con bola.

—Ni con el mejor abogado del mundo hubiera ganado un solo juicio. Los jueces son los que están comprados. Además, Almadueñas no tiene por qué saber que estoy aquí.

—Todos, todos ellos son una porquería, mi hermano.

—Oye, acompáñame adonde la bruja. ¿Qué dices?

—Uhhh. Ni loco. Tú sabes que aquí el periodismo ha muerto y yo estoy a tiempo completo haciendo otras cosas más importantes.

—Vales vereda. Si tú no quieres, lo haré yo solo. No te preocupes. Ah, y el periodismo no ha muerto, el que ha muerto es otro.

—Pero no se me resienta, señorito. Solo no quiero que saqueen, de nuevo, mi casa. En serio, pídemme cualquier cosa, menos esa pendejada.

—Te tomaré la palabra, créeme.

Conocí a Rob, en Quito hace siete años, en el II Premio Pancho Jaime, evento anual donde se premia al periodismo independiente del país. Él todavía vivía en Angabamba, pero al poco tiempo se mudó a la capital para investigar casos de corrupción. Los problemas comenzaron cuando Rob, con mi ayuda, publicó en el portal digital de periodismo que fundamos un artículo donde se vinculaba a Almadueñas en una trama de sobornos con funcionarios públicos para que adjudicaran obras de infraestructura a sus empresas. Una noche, unos tipos encapuchados entraron al departamento de mi amigo para robar su laptop, celular y documentos que contenían las pruebas que habrían impedido la reelección de Almadueñas. Se remontó la situación y Rob fue demandado por calumnias. Como ya lo veníamos venir, Rob perdió el juicio y le tocó pedir disculpas públicas a Almadueñas. Como el caso fue ampliamente difundido por la prensa nacional, nuestra credibilidad se fue al piso. Por si fuera poco, otra noche, cuando regresaba a su casa, le dieron una buena paliza. La sed de venganza de Almadueñas no tenía límites. La brutalidad fue tal que tuvo que alojarse una semana en el hospital. A partir de ese hecho, decidimos cerrar el portal. Poco después, Rob decidió dejar el periodismo y regresar a Angabamba sin saber que Almadueñas iba a ser reelegido tiempo después.

Fue entonces que abrió el Hatun Club⁵ para ganarse la vida. Debo decir que auguré lo peor. Juntar su afición a la bebida con su propio club me parecía, a pesar de la ironía, un cóctel molotov que en cualquier momento podría explotar. A juzgar por sus videos en las redes sociales, donde lo he visto ingerir hectolitros de alcohol, he tenido razón, pero creo que la gran explosión no ha ocurrido aún. Contra todo pronóstico, hasta del propio dueño, el club se convirtió en un éxito rotundo. Ganó, en pocos meses, mucho dinero que lo invirtió, junto con un préstamo bancario, en la compra de una casa antigua. La remodeló e instaló el nuevo Hatun, que pasó a llamarse Gran Hatun Club, ya que el antiguo había quedado demasiado chico. Paralelamente, Rob estaba aprendiendo el oficio de su amigo dj Camaleón y pronto amplió su panorama hasta convertirse en productor musical. En la actualidad, ayuda a artistas principiantes a hacerse un nombre en la emergente escena electrónica de la ciudad. Ha traído artistas internacionales como El Búho. Abrió un canal de Youtube para compartir los mejores eventos con sus suscriptores que hoy, 28 de marzo del 2019, suman ochocientos cuarenta y cuatro mil doscientos setenta y cinco; yo no soy uno de ellos. En los comentarios del último video se puede ver cómo envían saludos desde ciudades con nombres tan raros como Las Naves o Coronel Marcelino Maridueña. Esto lo ha convertido en poco tiempo en una persona famosa, especialmente entre sus jóvenes paisanos; si bien sus seguidores son de todas las partes del país. Tiene otro canal, donde recientemente ha comenzado a publicar sus composiciones.

Rob reencausa la conversación hacia Martina, su gran amor de Quito. Recuerda los engaños y murmura hija de puta. Sin embargo, concluye que debería verla y saber cómo está,

⁵El Gran Hatun Club es un club de música, especialmente, de electrónica. Se lo conoce como Hatun y tiene tres años de vida. Hatun: [xatuŋ] inmenso. Club: anglicismo, que significa grupo de personas con intereses comunes.

porque seguro necesita ayuda. Martina, que siempre se metía en líos, era una hija de puta, lo atestigo, pero Rob también. Parecían competir. Me pregunta si estoy saliendo con alguien. Le digo que no. La verdad, todavía no olvido a Dana, pero me da vergüenza decirlo frente a él.

¡Boom! ¡Kaboom! ¡Kabooooom!

También habla de nuestras borracheras en el Viejo Bar de la Foch, lo mal que la pasó sus últimos días en Quito y vuelve a Martina. Monólogo conocido. Me limito a decir ajá, simón, ya, ¿en serio?, etc. Veo pasar la ciudad, que se desliza a diez km/h. Me invita al Hatun. Le indico que me urge una ducha y dormir temprano. Me convence en un abrir y cerrar de ojos ofreciéndome barra libre toda la noche. El plan había sido quedarme en un departamento suyo ubicado al sur de la ciudad y salir a primera hora del día a ver a la bruja.

Llegamos al pequeño centro después de quince minutos. Dejamos el auto en un estacionamiento privado. Al pasar por la Plaza Central, Rob me descubre examinando a un grupo de jubilados gringos y frunce el ceño.

—Los jubilados impregnan los lugares de muerte.

—Aquí no viven muchos, ¿o sí?

—Sí, pero cada vez hay menos.

—¿Porque se mueren?

—Porque se van a morir a Cuenca. Esta es una ciudad para jóvenes. No sé si es un acto de cobardía o valentía quedarse a morir aquí.

—Hay gente a que le gusta morir donde ha nacido.

—Siempre que mama⁶ Sinka⁷ se pone brava y emana ceniza, mis padres hablan de comprar una casa, de irse a otra ciudad. Pero en sus gestos puedo sentir el miedo a dejar su vida tan monótona, temen una nueva rutina que podría ser mucho mejor.

Enfilamos por el noreste de la plaza hasta la calle Estanco, zona rosa de la ciudad. En el umbral, la frase «*Welcome to Estanco street*» ilumina a la muchedumbre que pasa por debajo. Es una calle peatonal donde hay bares, discotecas, restaurantes, cafés y puestos de artesanías. Rob me dice es apenas el tronco donde nacerán muchas ramas, señalando una calle transversal donde hay uno que otro bar. Caminamos dos cuadras más hacia el norte y llegamos. El bar es esquinero y queda en el cruce de Estanco y Las Ilusiones.

Un amplio cartel en la entrada anuncia a los artistas: Rob y una tal Nina⁸. Apenas entramos le dice a una camarera que todo lo que yo pida es gratis y que por el momento me sirva alitas *BBQ* y cerveza de cada sabor, y se va. El club es una casa antigua de dos pisos con un gran patio central cubierto por un techo de vidrio y equipado con una pequeña tarima y unos parlantes inmensos. La camarera me lleva hasta una mesa para dos, en el segundo piso. Las mesas están dispuestas en los corredores y en la parte interna de las piezas.

Diplomas del primer lugar en concursos nacionales de cerveza artesanal cuelgan sobre la pared. Estoy sorprendido por este nuevo Rob emprendedor. Ha creado cuatro tipos: Uchu beer⁹, Kinuwa Beer¹⁰, Citrus Beer¹¹ y Coca Beer¹². Primero me sirve la Citrus Beer,

⁶ En la cosmovisión andina, mama y taita forman una dualidad complementaria que rige para todas las cosas. Así, en la mitología kichwa, los volcanes, nevados, montañas son machos (taitas) o hembras (mamas). Mama: [mama] mamá, doña.

⁷ Sinka Urku es un volcán femenino, cuyo nombre alude a su forma de nariz. Sinka: [siŋga] nariz. Urku: [urku] volcán.

⁸ Nina Flores Guamán (Angabamba, 1996) es una multinstrumentista y dj angabambeña. Ama la música y la joda. Hace un año cambió su primer nombre a Nina. Waman: [guaman] gavilán. Nina: [nina] fuego.

⁹ Cerveza de ají. Uchu: [uču] ají.

¹⁰ Cerveza de quinua. Kinuwa: [kinuwa] quinoa.

¹¹ Cerveza cítrica.

¹² Cerveza de hoja de coca.

con extracto de hoja de limón. Me las van a traer de una en una. A Roberto lo veo de un lado a otro, cerveza en mano, riendo con todo el mundo. El tiempo no cura su impuntualidad ni su alcoholismo. No quiero aburrirme. Debo conocer a alguien para salvar la noche. Si es hombre, mejor. El lugar se va llenando.

Me entretengo leyendo una pared tatuada con todo tipo de frases. «Señor, multiplica mi cerveza y dásela a los más necesitados» firma un tal D.V. La gente hace cualquier tontería para saciar el vicio, así que me parece la mejor frase del lugar. Un gringo con cara roja se me acerca y en un castellano limitado balbucea ¿no es fantástico el poncho?, me rasco las bolas sin que nadie se dé cuenta, también puedo... (Hace señas de «agitar antes de usar»). Debajo de él puedo esconder un revólver o una metralleta. Lo único malo es cagar.

Se ríe y se me hace imposible no imaginarlo entrando a su antigua escuela gringa con el poncho y disparando a todo el desgraciado que se cruce en su camino. ¿Y si ahora mismo tiene un arma escondida? Busco con la vista a Rob para que saque a este loco. Al rato, el gringo se acerca a molestar en otra mesa. Ya no es mi problema, aunque estoy listo para hacerme el muerto en caso de tiroteo.

Rob sube a la tarima. Oscuridad total. Saluda al público y dedica su presentación a la Virgen de Angabamba, aunque él no crea en ella. Su voz delata las cervezas de más que su cuerpo oculta. Me saluda y me da la bienvenida a la ciudad mientras una luz que se posa sobre mí me asusta como un bicho que ha sido descubierto debajo de una piedra. Agradezco la discreción de no pronunciar mi nombre. Rob comienza su show con un solo de quena que toca en vivo. Una pantalla gigante proyecta figuras abstractas que, a ratos, se convierten en animales. Van sonando más instrumentos andinos pregrabados como el charango y el violín. Después de varios minutos irrumpe como un trueno la voz del músico otavaleño Inti que la mezcla con algo de electrónica para desembocar en un remix relajante. Rob baila como

marchista en cámara lenta y moviendo la cabeza de arriba hacia abajo con los ojos cerrados. Un grupo de gringos no tarda en levantarse y bailar al frente de la tarima. Yo no me animo. En realidad, nunca me he animado, pero hoy es el día. Le hago señas a la mesera para pedirle la siguiente cerveza. Esta vez me trae una Kinuwa beer; le pido que a la próxima me traiga dos.

Me siento tonto teniendo al frente una silla vacía. Me recuerda que perdí a Dana. Debería bajar en este momento a bailar en vez de pensar estupideces. Más y más personas se unen al baile. Me fijo en una pareja que parece tener una mejor idea del ritmo. Es raro que Rob dé sus conciertos en su propio bar. Es como si un editor publicara sus propios libros bajo el sello editorial de su propiedad. La mesera me sirve dos Uchu Beer como se lo había pedido. Después de una hora o un poco más Rob para la música y se despide del público.

Mientras Nina se prepara, no sé a quién se le ocurre poner reguetón. La gente chifla y deja de bailar. Vestida con blusa tradicional del pueblo kichwa angabambeño y una minifalda negra, sube a la tarima. Para mi sorpresa, se pone a tocar unos pequeños tambores adosados a la consola mientras suena cumbia. De a poco, va mezclándola con electrónica. La acompaña una proyección visual futurista a su espalda. Luego de unos quince minutos mezcla el ritmo anterior con una canción de Bad Bunny, voz inconfundible que, dicho sea de paso, no me agrada para nada, pero una mala comida con un buen aderezo es siempre comible. Los asistentes parecen no darse cuenta de que Nina puso el género musical que unos minutos atrás repudió o simplemente ahora les da igual.

Me levanto a bailar y las imágenes me atrapan. Parece una viejita con un gran sombrero danzando o bien un pimiento antropomorfo bailarín en una gama de violetas y verdes; me voy por la segunda opción. Paso la siguiente hora danzando en una especie de trance que nunca había sentido hasta que Nina deja de tocar. Cuando abro los ojos, debido a

roces con otras personas, veo con asombro que el patio está completamente lleno y que sudo por galones.

Es más de la una de la madrugada. La mesera me trae dos Coca beer que me las acabo en un santiamén. Salgo a fumar. Afuera está casi tan prendido como adentro. A Nina y Rob los encuentro en la vereda. Hablan sobre el sonido y no sé qué cosas más. Me acerco a ellos y Rob me la presenta. Ella me pide el cigarrillo apenas lo enciendo, pero no se lo doy, por respeto a mí mismo, sino después de algunas pitadas. Nina pregunta que cómo así estoy ahí. Le digo que es para visitar a Rob y de paso disfrutar de Angabamba. Rob regresa al bar con la intención de traer más cigarrillos. Como si estuvieran esperando a que Rob entre, llegan, de un rato al otro, chapas en motos con la orden de echarnos a todos de ahí. La gente que aún sigue en los locales sale y se dispersa por las calles transversales de Estanco street. Nos apresuramos al Hatun, pero el mesero nos cierra la puerta en la cara. Nadie entra, nadie sale. Le decimos al mesero que nos deje entrar, que somos amigos del dueño y no nos hace caso. Llamo a Rob, pero no contesta. Un motorizado nos cierra el paso y nos hace retroceder gritándonos que nos vayamos a la casa; si fuera por él, nos pasaría la moto por encima. A los tipos ebrios que están en el piso no los toman ni en cuenta. En caso de desalojo o tiroteo: tirarse al suelo y hacerse el muerto. Llamo una y otra vez a Rob en vano. No sé qué hacer. Nina me dice siempre hacen lo mismo, solo es cuestión de esperar cinco minutos para regresar porque es un club veinticuatro horas. Nina me da aguardiente en botella de plástico sin etiqueta.

—¿Tienes novia?

—No

Me pongo a la defensiva. Se queda callada un rato para contratacar después.

—¿Y por qué terminaron?

—Razones personales.

—¡Ash! Cuéntame.

—Está bien, solo porque me caíste bien. Después que mi padre murió, el dolor me robó las palabras, sentía que el silencio era mi sinónimo. Sabes, creo que fue mezquina al dejarme justo en ese momento. Lo irónico es que ella pensaba lo mismo de mí.

—¿Por qué pensaba eso?

—Decía que era un egocéntrico porque me ensimismaba y no pensaba en otra cosa que mi sufrimiento.

—No hay nada peor que estar muerto, excepto, estar muerto en vida.

Nina tiene un aire de insolencia adolescente. Vamos a dar una vuelta en círculo con un puñado de gente girando cuatro veces por la izquierda: por Las Ilusiones, por Munay, por Del sol e izquierda, una última vez, para llegar de nuevo a la calle Estanco. Caminamos unos pasos hasta llegar al Hatun. Los chapas se han ido, efectivamente. Jugamos al gato y al ratón, dice Nina. Mejor dicho a la pantomima del gato y el ratón, digo yo. Tienes razón, así no hay diversión, responde. Tocamos la puerta y nos abren. Llamo a la camarera.

Coca beer. Nina. Uchu beer. Desconocidos. Conversaciones. Kinuwa beer. Rob. Nina. Cerveza. Más conversaciones. Más Nina. Bla, bla, bla.

Viernes, 29 de marzo. 9 am.

Me despierto aún ebrio en un lugar desconocido. Miro por la ventana para saber dónde carajos estoy. Sigo en el Hatun, en una habitación esquinera del segundo piso. Voy a la pieza contigua buscando a mi amigo. Toc, toc. ¡Roob! Espero unos segundos. Nadie responde. Toc, toc. ¡Roob! Me contesta que espere un momento. Asoma con una Heineken. Su ojo derecho está lagañoso como un gato enfermo.

—¿Qué tal? Ahora sí dime dónde vive la bruja que me urge ir.

—Habla serio, loco. Sigamos bebiendo, ten, bebe chance —dice emanado un tufo que me hace replegar un paso.

Me alzo la botella para remojar los labios.

—Toma, ya no quiero. La dirección, por fa.

—Has cambiado full, loco. Pero ahorita te hago un croquis para que no te me pierdas, gringo.

—¿Gringo? No he venido hace más de veinte años.

—Viniste el anterior año para las fiestas.

—Ya lo sé, pero solo he venido dos veces en mucho tiempo.

No he terminado de hablar y Rob vuelve a su habitación. Por la puerta semiabierta vislumbro un cuerpo acostado en la cama boca abajo. Parece Nina, por su cabellera chureada. Después de un par de minutos sale.

—Aquí tienes, loquito. No me harás brujería nomás.

—Te veo luego.

—Nos vemos. Te me cuidas.

Parece un croquis hecho por un niño de siete años. Comprendo que esta es la única ayuda que me puede dar en estos momentos. De todos modos, maldigo a Rob. Nunca he podido soportar más de una semana su lengua de leguas. Cuando trabajábamos juntos, yo me quedaba en su departamento o él en el mío. La cuestión era que discutíamos mucho hasta un punto en que la situación se volvía insoportable, entonces, ambos sabíamos que teníamos que separarnos.

Varios soldados han sido aniquilados por el alcohol. Gringos, argentinos, identificados por sus camisetas albicelestes, ecuatorianos yacen en la vereda dificultándome salir del Hatun. Estoy en zona de guerra. Salto con la pierna derecha sobre el primer cuerpo, fue relativamente fácil, luego sobre el segundo, esta vez me tambaleo un poco, pero sigo, el tercero es un tipo obeso y ahora me toca aterrizar sobre mis dos pies. Cuento hasta tres en mi cabeza. Uno, dos, ¡tres!... ¡Maldita sea! Perdí, mi talón izquierdo pisó sus regordetes dedos. El pobre se parece a alguien con quien conversé anoche. Quiero ayudarlo para reivindicarme, pero el frío entume mis piernas.

Llego a la calle Abdón Calderón, ciudad ecuatoriana que se respete tiene al menos una calle en honor al Niño héroe, por donde baja un tornado danzante de personas tipo *mosh*. Me dejo atrapar por los acordes de charango en espiral que emergen de él y me integro al baile. Mi cuerpo da vueltas y zapatea. Iiii, iiii, ijaaa, iiii, iiii, ijaaa, grita un bailarín. En las siguientes cuerdas, a cada lado de la calle, están desplegadas tribunas desmontables de estructura metálica y asientos de tablón. Pantallas gigantes anuncian el precio de un asiento por día: diez dólares para turistas nacionales y veinte para extranjeros. Cincuenta dólares si se quiere asegurar el asiento toda la semana. El monto se paga en una pequeña caseta administrada por el municipio de Angabamba, ubicada al costado de las tribunas. El anuncio

se entrecruza con propaganda de marcas transnacionales de bebida y de ropa. Los aplausos, sin algarabía, de los turistas como si estuvieran en un acto cívico me desaniman y decido salir del grupo. El tornado de gente, por el contrario, gana fuerza con la incorporación del Diablo Huma¹³. Creía que solo en el Intiraymi¹⁴ bailaba este personaje.

De pronto, un niño grita, como si viera a su superhéroe favorito, ¡Diablito Huma! ¡Diablito Huma! Su padre le reprende diciéndole que no es sino una persona enmascarada. El niño se desencanta y me identifico con él. En mi infancia, mi padre¹⁵ me coartaba el derecho a la fantasía, la cual debería ser parte de los derechos humanos, tal como la libertad de expresión, aunque eso, como todos sabemos, no sería garantía de nada. Me reprendía por tener amigos imaginarios y me fomentaba la lectura de libros de ciencia. Ya en mi adolescencia, descubrí libros de historia nacional, revistas, crónicas, que se convirtieron en mi pasatiempo favorito. De no haber sido por la pasión a la lectura que mi padre me inculcó, hoy no sería periodista. Tampoco hubiera podido localizar y entrevistar, hace siete años, en el Penal García Moreno a una reclusa que decía ser testigo presencial del asesinato de mama dentro de una de las celdas. Relató los hechos con detalles difíciles de olvidar. Esto era, para mi padre, la prueba definitiva de que Almadueñas tuvo algo que ver con la muerte de mama. No obstante, en la siguiente entrevista, me dijo que se había equivocado de persona, que no era mama, algo que nunca creí.

Camino hasta la Plaza Central, mi punto de partida, según el croquis. Tomo la calle Ramón Almadueñas, rebautizada hace poco por iniciativa de los propios angabambeños, según Rob. Ese desgraciado es muy querido aquí. La calle pasa por el costado sur de la plaza

¹³ Es un danzante alegre que representa al espíritu protector de las cosechas. Uma [uma] cabeza.

¹⁴ Ceremonia andina en honor al sol. Inti raymi [inti raymi] fiesta del sol.

¹⁵ Leopoldo López Andrade (Angabamba, 1956 – Quito, 2018) fue un profesor de química.

y su elevación tiene el ángulo que marcarían las manecillas de un reloj a las tres horas con diez minutos.

Avanzo y avanzo hasta lugares donde ya no hay gringos ni agencias de viajes ni mercados artesanales. Aquí hay jóvenes angabambeños, cuyas camisetas tienen dudosos logos de Nike, Adidas, Armani. Intercambio cultural. Saco la Coca Beer que cogí del Hatun para beberla. La Uchu beer, de ají rocoto, me encantó. La Kinuwa beer no se queda atrás, lástima que solo tenga tres grados de alcohol. Las alitas, en honor a mi ética periodística, debo decir que son fatales.

Giro por una calle sin nombre. Un hombre que pasa por el otro lado de la calle me queda viendo y me saluda. Nunca me he acostumbrado a saludar, ni a mis vecinos, pero esta vez lo hago. Voy saludando a todos los que me encuentro. En Quito, hace algún tiempo, un tipo que iba en auto me saludó y me sentí acosado casi sexualmente. La mengua de oxígeno me envejece tanto como los viejos eucaliptos que están a un costado del camino. Sigo caminando y veo al Taita Yurak,¹⁶ cada vez más grande y con menos canas. Rejuvenece con los años. Se ve todo el valle. En sus estrechas calles hay mucho movimiento.

El croquis de Rob a partir de aquí se hace ininteligible, así que prefiero guiarme con fuentes más fiables. Le pregunto a una joven tendera si sabe dónde vive la bruja, pero me dice que no la conoce. Debe ser muy joven para saberlo. Dice que espere un poco, que va a llamar a su abuelo.

—Buenas tardes, señor. Disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar a la bruja Catalina?

—Uhhhhhh. No le recomiendo esa bruja, patroncito. Mejor, vaya donde la bruja Merceditas, ella es la que sabe.

¹⁶ Yurak Urku es un nevado masculino, cuya nieve, según oralidad angabambeña, son sus canas. Yurak: [yurag] blanco.

—Ok. Pero, ¿qué tiene de malo la bruja Catalina?

—Esa bruja malvada hace magia negra, no se vaya para allá, hágame caso. La bruja Merceditas hace buenas limpias. Hace unos años me estaba muriendo, pero ella me revivió.

—No quiero una limpia. Solo quiero conversar con la bruja Catalina.

—Mmm, ¿es su familiar?

—Es una amiga, mejor dicho, fue amiga de mi madre.

—¿Quién es su madrecita?

—Mama Duru. Seguro ha oído hablar de ella.

—¡Mama Duru! No me diga...

—Sí, soy su hijo. ¿Por qué se extraña?

—Creo que tengo que irme. Hasta luego.

—Espere, espere, por favor. Usted la conocía, ¿verdad?

—Claro que la conocía.

—¿Y qué sabe de ella? ¿Por qué huye?

—Disculpe si lo ofendo, pero usted, que es su hijo, tiene derecho a conocer la verdad.

Ella fue una ladrona que quiso apropiarse de las tierras de la comunidad.

—¿Quiso apropiarse de las tierras?

—Así es, joven. Patroncito Almadueñas no lo permitió. Todos los angabambeños saben el daño que causó esa mujer. Mejor me voy antes de enojarme más.

—No se vaya. Cuénteme más, por favor.

No responde y se encoge de hombros.

—Soy el hijo y tengo el derecho a saberlo, usted mismo lo dijo.

—Los angabambeños, en su mayoría personas de bien, la echamos a puntapiés de aquí por ladrona y por tratar de ponernos en contra de Almadueñas. Lo último que supe de

ella es que una vecina la vio completamente desquiciada vagando por el bosque, pero ya hace años no he oído hablar de ella. Joven, tiene que saber que Almadueñas fue nuestro salvador, deberían hacerle una estatua. Es más, él debió ganar las elecciones a la presidencia, pero le robaron los votos. Dios sabe cómo hace las cosas, ahora es de nuevo nuestro alcalde. Derechito ha de ir al cielo. Si no fuera por él, Angabamba sería todavía un pueblo lleno de vacas, no me quiero imaginar. Ahora sí me voy. Buenas tardes, joven.

Sigo el camino cuesta arriba sin dejar de pensar en la perspectiva que el anciano tiene de Almadueñas. Curioso que piense esto una persona pobre de un barrio periférico. Tampoco esperaba que mama sea querida, pero no imaginé que fuera odiada a ese extremo. ¿Loca? ¿Ladrona? ¿Vagaba por el bosque? No, no, eso no se lo cree nadie. Mama falleció hace mucho. Estoy seguro que esa historia fue tergiversándose de persona en persona. Ya hasta comenzó a darme punzadas en el estómago de las iras o quizá sea la gastritis por estar en ayunas. El soroche también debe de estar haciendo lo suyo.

De mama solo tengo un artículo del periódico quiteño *El Amanecer*, en el cual se la menciona, y un puñado, o menos, de recuerdos. La parcialidad del artículo me da luces sobre cuán poderoso era el aparataje de Almadueñas y los vínculos incestuosos que *El Amanecer* tenía con él y su padrino político, el entonces presidente de la nación, abogado Alfredo Torres, son evidentes. El artículo en mención se titula, de manera amarillista, «Matanza en Angabamba» y es escrito por un tal Enrique Pinos. Textualmente dice:

«El día de ayer a las ocho de la mañana en la comunidad de Angabamba, al sur de la provincia de Chimborazo, un puñado de indígenas armados intentaron ocupar ilegalmente la orilla de la Laguna Sagrada, propiedad de la empresa turística Yaku¹⁷. Los comuneros aducen

¹⁷ Yaku: [yaku] agua

que son tierras comunitarias, pero el representante de la empresa, el señor Héctor Maldonado, con papeles en mano, asegura que “el Municipio decidió vender la orilla porque eran tierras baldías”. En el enfrentamiento murió un cabo de policía y resultó herido un indio. Lo preocupante es que un policía se encuentra secuestrado por los comuneros en un lugar desconocido. La cabecilla de la revuelta es Dorotea Sisalema, según ha informado en una rueda de prensa Luis Pamaro, comandante de la Policía. Un gran contingente de policías se trasladó a Angabamba para frenar a los insurrectos y tratar de rescatar a su compañero. Desde este medio hacemos un llamado a la policía, que tiene el deber de reprimir todo acto subversivo que amenace la paz de los ciudadanos, usar de la fuerza para reestablecer el orden».

Había buscado por todas partes y preguntado a periodistas, artistas, políticos, catedráticos sin resultados; nadie conocía la existencia de mama hasta que un joven historiador, amigo de una amiga de Rob, fue quien me recomendó ir al olvidado archivo de El Amanecer en la biblioteca municipal de Quito. Por él supe que el diario era de un banquero que se fugó del país después de quebrar a su banco en el feriado bancario. Luego fue incautado por el Estado con la intención de venderlo, pero ni siquiera el joven historiador supo decirme por qué el periódico dejó de funcionar y por qué no se concretó la venta.

Al día siguiente, el historiador me acompañó a la biblioteca. Hablamos con los que teníamos que hablar ocultando mis verdaderos fines y, después de un ir y venir, nos dieron el permiso. Nos llevaron a un cuarto sin ventanas. No solo había periódicos, sino también libros de todo tipo. Estaban desordenados y arruinados por la humedad. Los había desde 1947 hasta 1999, pero era indudable que ahí no estaban ni la mitad de periódicos que deberían estar. Luego de varias horas de búsqueda, a punto de rendirnos, encontré con mucha fortuna el diario del 9 de agosto de 1989, el día posterior al conflicto. Metí la hoja doblada del artículo

en el bolsillo interno de mi chompa y salimos como si nada. No encontramos más información útil.

Me topo con un mercado. Su fachada pintada con el rostro de Almadueñas es prueba de que los mercados condensan gran parte de la cultura local, como una vez leí por ahí. Entro para conocerlo mejor. La sección de carne está justo después de entrar y emana un olor muy intenso. Mujeres ofrecen el producto y hombres cortan la carne con máquinas. Voy por detrás de la sección de ropa donde encuentro a unos niños jugando fútbol con una pelota medio desinflada. Niños de dos, tres, cuatro años. Posiblemente, son hijos de los comerciantes. Voy por los puestos de hierbas y hortalizas. Un letrero pequeño anuncia que se hacen limpias. Me imagino a la bruja, con arrugas profundas donde habitan milenarios secretos, comprando aquí. Así que en ese puesto pregunto por la bruja y la vendedora me indica la dirección con toda naturalidad. Me dice que estoy a unos veinte minutos. Antes de salir me asomo por la boca de un pozo y en el interior veo una montaña inmensa de basura. Algunas personas, que a todas luces son vagabundos, buscan algo de comida ahí. El hedor me hace huir de ahí.

El Reino de barro comienza. Las casas son de adobe y las calles de tierra. De repente, me viene a la mente el estribillo de una canción que Rob cantó anoche. Letra melancólica y ritmo vibrante: «*On a rainy day, God made my heart with adobe*». La canto millones de veces en mi cabeza. En algunas casas ondean banderas viejas con el lema «Almadueñas presidente». Sus dueños no parecen tener ninguna voluntad de retirarlas, a pesar de que las elecciones en las que participó fueron hace años, como si estuvieran esperando ansiosos a la próxima contienda electoral.

Llego, por fin, a la que debería ser la casa de la bruja. Es una casa pequeña, la única de cemento que veo por aquí, completamente blanca. Un tipo está en una parcela, al lado de

la casa. Le pregunto por la bruja y me contesta que llega a eso de las siete de la noche. Si la ve, le avisa que voy a regresar a las siete en punto, le digo. Nos despedimos.

Voy de regreso a la habitación en el Hatun para descansar un momento. La borrachera va dando paso al chuchaqui. Decido pasar por el mercado para comprar un encebollado. En lo que estoy bajando, recibo una llamada de la secretaria del dueño de la revista donde trabajo. Es para advertirme que si no regreso a Quito hoy mismo, me quedaré sin trabajo y sin darme más explicaciones me cuelga. No tengo idea cómo el hijo de puta de Almadueñas sabe que estoy aquí. Siento su respiración en mi nuca. No confío en nadie.

Llego a un puesto de comida costeña, donde me atiende una mujer con su vestimenta tradicional combinada con un delantal que lleva el logotipo del mercado. Mientras como, noto que la vendedora se comunica con ciertos clientes en kichwa. Logro entender, a medias, la conversación. El curso de kichwa que estoy siguiendo en Quito parece estar dando resultados.

Salí de Angabamba cuando tenía como tres años y desde ese tiempo no había podido hablar con nadie el idioma, ni con mi padre porque él no podía. Conozco a unos familiares de parte de mi padre que tampoco pueden, en cambio, tengo entendido que mis familiares maternos sí sabían, pero nunca pude conocerlos porque murieron, excepto, un tío que vivió con nosotros una temporada. Luego viajó a Estados Unidos, pero nada se ha sabido de él desde que se fue. Lo más probable es que haya muerto antes de llegar a su destino, ya sea ahogado en el Río Bravo o mutilado por ese infame tren conocido como La Bestia o asesinado por algún cartel mexicano. El encebollado es mi antídoto. Me siento mucho mejor ahora que lo comí.

Ya en la habitación, me doy vueltas en la cama tratando de dormir un poco. No recuerdo haberme portado mal, pero tengo chuchaqui moral. No entiendo por qué si ahora

no tengo que pedir perdón a nadie por mis borracheras: primero era a mi padre y luego a Dana, cuando me fui a vivir con ella. Toda una vida pidiendo perdón. ¿He sido libre? Sí, pero libre en el personalísimo callejón sin salida en el cual transitamos. Algunos callejones son largos, otros cortos, los hay de todos los tamaños. Como el mío es corto, elijo pasos cortos y muchos pasatiempos: me alcoholizo; escribo; amo a las plantas, que aparecen entre los adoquines; entrevisto al gato de casa, al gato callejero y a las ratas. La cuestión es perder el tiempo de bonita manera. Pero todos, tarde o temprano, nos chocamos de frente contra la pared y mi turno por poco llega cuando Dana abandonó la casa.

La primera vez que vine a Angabamba, pocos días después de que la relación se terminó, fue para huir de mi miseria. No me quedé en casa de Rob, sino que pagué un hotel. Supuestamente, quería mayor intimidad sin saber que mi alma tenía planeado algo siniestro. En la madrugada, ya en la habitación del hotel, subí al alfeizar, que estaba a cinco pisos de altura, pero no me atreví. En la mañana le conté a Rob que intenté acabar con mi vida lanzándome al vacío. Él me dijo no te creo y cambió de tema.

El sentimiento que me provocó escuchar de los labios Dana que ya no me amaba fue la perplejidad. Luego vino el dolor. Nunca había sufrido tanto en mi vida, ni cuando mis padres murieron. Los muertos, muertos están, pero ella vive, y yo vivo con la esperanza de su retorno. Se ha convertido, a fuerza de ausencia, en un fantasma que vive en mí y me entrega nuevos gestos, nuevas caricias, nuevas opiniones, nuevas peleas. Millones de sus cabellos gatunos están regados por toda mi alma. Si hubiéramos trabajado juntos en el proyecto de investigación que nunca concretamos, hubiera sido como sustituir al hijo que nunca tuvimos y quién sabe aún seguiríamos juntos. Cuando estoy harto de amarla, lo único que me alivia es ensoñar que la asesino. Le apunto con un revólver cerrando el ojo izquierdo y ¡bang!, ¡bang!

Al tratar de conciliar el sueño, mi inconsciente comienza a manifestarse: un elefante saltando en un solo pie, dos pequeños remolinos, que bien podríamos ser Dana y yo, se unen formando uno más grande. Me despierto plenamente y siento, quizá solo por este momento, que todas las humillaciones que nos causamos fueron travesuras de niños.

Las manos me sudan.

Es un día perdido.

Sábado, 30 de marzo. 4 pm.

Casi a la misma hora de ayer llego a la casa de la bruja. Como si me hubiera estado esperando detrás de la puerta, sale inmediatamente después de haber tocado.

—Buenas tardes. ¿Es usted doña Catalina?

—Buenas tardes, mijito.

Me da un abrazo

—Soy Río López, hijo de Dorotea Sisalema.

—Claro que sé quién eres. Pasa, pasa. Hace mucho frío afuera

Estoy estupefacto, me trata como si me conociera desde siempre. A primera vista es como cualquier otra mujer de por aquí. No tiene arrugas profundas en su rostro. En un pequeño altar, en una esquina de la sala, están cuatro velas prendidas, fotografías, que intuyo son de sus familiares, piedras con símbolos extraños y santos. Lo que más me llama la atención de esta parte de la casa es una moneda de un dólar pegada en la pared. Hay tres puertas en fila; la que tiene colgada una cruz cristiana y una cruz andina, claramente, es la que conduce al cuarto donde la bruja tiene toda su artillería.

—Sé que no te acuerdas de esta vieja, pero yo te conozco bien. Ay, mijito, estoy tan contenta. Siéntate, siéntate, por favor.

—Gracias. Mi padre me habló de usted, pero mentiría si dijera que la recuerdo.

—Si supieras que tengo ganas de hacer fiesta por tu venida. Una más grande que la de allá abajo.

La bruja enciende fuego en la chimenea que está en otra esquina. Nunca imaginé que la bruja sería tan encantadora. Tiene un aire maternal, pero me perturba lo blanco de su vestimenta por su pureza imposible.

Sobre una mesa pequeña cubierta de un manto blanco reposan huevos, cuyo poder es retener las malas energías del paciente, una cajetilla de tabacos marca Marlboro y botellas de aguardiente. Hay ramos de ortiga, ruda, y otras que no logro distinguir, pero que también deben de sacar las malas energías.

—Cuando veo a la hermana indígena del norte cargada a su bebé me acuerdo de ti y de mama Duru —dice la bruja mientras se acerca a la moneda y cruza miradas con Sacagawea—. Esta moneda es su retrato.

Me quedo en silencio sin saber qué decir.

—Pasabas en la espalda de mama Duru y la mía sujetado con una chalina. Ay, mijito, te he extrañado como no tienes idea. Hasta podría decir que tengo más felicidad hoy, al verte después de muchos años, que cuando te tuve en mis brazos por primera vez, cuando estabas bañado en la sangre de tu madre.

No atino a hacer otra cosa que quedarme en silencio. Esto cada vez se pone más sugestivo.

—¿A qué se debe el milagro de tu visita? ¿Me vas a entrevistar?

—¿Entrevistar? ¿Sabe que soy periodista?

—Me lo dijo un ángel. —Su dedo índice apunta hacia arriba y esboza un rictus de media sonrisa del lado derecho de su boca.

¿Un ángel? Si hubiera dicho cualquier otra persona me hubiera parecido simpático, pero viniendo de la bruja se me hace algo sombrío. Obvio su comentario, no quiero entrar en terrenos arenosos.

—Pues sí, trabajo para una revista. Y no se equivoca, doña Catalina, el motivo de mi visita es para hacerle una entrevista sobre mama si usted me lo permite. Mi padre nunca me quiso contar mucho sobre ella.

—Yo te cuento todo lo que quieras, pero nos llevaría días hablar sobre mama Duru.

—Si usted tiene tiempo, yo con gusto vendré las veces que sean necesarias.

— Siendo así, nunca voy a terminar para que siempre haya una excusa para vernos, mijito.

—Qué amable es usted, doña Catalina. Déjeme decirle que esta entrevista es parte de una investigación personal y no la voy publicar. ¿No le molesta que grabe su voz, verdad?

—No, para nada. Aunque, me gustaría que todos se enteren quién fue la Duru porque hay muchas cosas falsas que se dicen de ella. Pero antes quería que me confirmes algo. ¿Don Leopoldo falleció?

—Mi padre murió el anterior año.

—Que descanse en paz, don Leopoldito. —Junta sus manos con los dedos entrecruzados.

—Si no tiene más preguntas, creo que podemos empezar con la entrevista.

—Sí, pregúntame nomás, pregúntame lo que quieras con confianza.

—Dígame cuál es su nombre completo.

—Me llamo María Catalina Cushianga Hurtado. No me gusta María, por eso todos me conocen como la bruja Catalina. Cushianga me encanta. Cuando vivía en el valle, hace muchos muchos años, llevar el apellido Cushianga era un honor porque todos venerábamos a las águilas. Siempre me he sentido un águila feliz que pasea entre el cielo y la tierra, como mama Duru, que siempre viene a visitar. Hurtado no sé de donde venga, sólo sé que se parece a robado. Soy la última bruja de Angabamba y no lo digo con orgullo. Ojalá hubiera alguien

que quiera aprender de mí. Por el chisme de que soy una bruja diabólica, mucha gente me tiene mal vista y no se me acerca. Los que me conocen saben que soy una bruja de bien.

Mira, salió el sol. Vamos a caminar, quiero calentarme un poquito. Aquí hace mucho frío y no puedo más que seguir viviendo aquí. Te cuento que hace poco me desalojaron de mi casa en el valle para dizque construir una escuela. ¡Mentira! Un día pasé por ahí y vi un letrero diciendo que se va a construir un edificio grandote. Me pagaron una miseria y la única salida que tuve fue venir a este terreno que me donó un vecino y construir esta mediagüita. Aun así, las personas me vienen a buscar hasta acá para que les cure.

Mientras salimos de la casa con rumbo incierto, al menos para mí, imagino a mama descendiendo hasta la casa de la bruja.

—Cuénteme, ¿cómo conoció a mi madre?

—Mama Duru fue como una hermana mayor para mí y yo, como buena hermana menor, no recuerdo cuando la conocí. Contigo es diferente. Recuerdo como si hubiera sido ayer cuando te conocí; fue cuando naciste. Debe ser por eso que te siento como un hijo. Parecías hijo del taita Yurak. Blanquito blanquito eras. Sí, como un hijo. Entiendo tu mirada incrédula (más bien era una mirada de extrañeza), pero ahorita te cuento para que me entiendas. Bueno, sí miento porque te conozco desde que estabas en el vientre de mama Duru. ¡Qué llorón eras! Mama Duru siempre bromeaba con eso, decía que la ibas a ahogar con tu río de lágrimas. Por cierto, de ahí viene tu nombre: Río. También pateabas mucho, por eso algunos decían que ibas a ser futbolista. Pobre Duru, le hacías saltar de dolor. Pero nosotras sabíamos la verdadera razón de tu alboroto ahí dentro. Mama Duru te pasaba las malas energías, que se ganaba en su quehacer social. A cada rato yo te curaba del espanto, por eso naciste bien. Cuando estaba por dar a luz, yo ayudé a la partera. Te limpié la sangre que tenías en todo el cuerpo y te pasé ruda, por si acaso.

—Pero, doña Catalina, mama me dijo que soy Río en honor al río que ahorita no me acuerdo cómo se llama. Es el que cruza la ciudad de oeste a este, creo que baja desde el Yurak.

—Mijo, no te pudo decir eso porque a mama Duru la apresaron cuando tenías uno o dos años y nunca más te pudo ver. No me quiero acordar esas cosas. Mejor, déjame contarte una anécdota de cuando éramos niñas.

—Antes aclaremos algo. Recuerdo como en sueños haber visitado a mama en la cárcel. Ella me amarcaba y me besaba. Fue en una visita que me dijo lo de mi nombre y me gustó tanto que me quedó grabado.

—¿Te cuento algo?

—Por favor.

— Cuando la empresa llegó a Angabamba, Mama Duru tuvo que dejarte al cuidado de tu padre para poder estar al frente de la situación. Tu padre se ponía furioso y la denunciaba cada vez que eso ocurría, por lo cual recibió algunas purificaciones en la plaza a vista de todos. Cuando todo terminó, la expulsaron de Angabamba y yo le rogaba a tu padre que te lleve a Quito para que Mama Duru te vea, pero no quería. Te has de estar confundiendo con la hermana de tu padre, la Carmita, que también fue apresada. Después de unos meses, tu padre te llevó a no sé dónde y nunca más supe de ustedes.

—Entiendo.

—No lo tomes a mal, mijito. Mama Duru te amaba, tienes que disculparla por sus errores.

—Continúe, por favor, con lo que me iba a decir.

—Te iba a decir que la familia de mama Duru y la mía eran muy unidas. Hacíamos ranti ranti¹⁸ casi todos los días: papas, quinua, maíz, tomate, menos carne. Comíamos carne, con suerte, una vez a la semana. El domingo, en una placita que ya no existe, todos los comuneros truequeábamos muchos productos. Más que unidas, nuestras familias eran una sola. Todos los años nuestras familias se unían para celebrar a la Virgen de Angabamba. Partíamos desde una placita que quedaba justo en lo que hoy es el terminal de buses y, junto con la comunidad, subíamos por caminos serpenteantes hasta la Laguna Sagrada. Siguiendo el ejemplo del papá de la Duru y del mío, mi sueño era cargar a la Virgencita en hombros para purificarme de mis pecados que consistían en olvidarme de rezar por las mañanas, responder feo a mis padres o esas cosas de niños. Ya grandecita, decidí que mis dioses dan paz y no dolor, por eso nunca más deseé estar en sus zapatos y se me salían las lágrimas al ver a los penitentes cargar a la Virgen hasta doblarse del dolor. Ahora se la carga en una camioneta, lo cual me parece muy bien. Si la Virgen de Angabamba fuera nuestra madre, como muchos lo dicen, llevaría al Niño Jesús en su espalda con una chalina, como todas las madres angabambeñas llevaban a sus hijos. A su paso, flores eran arrojadas por la multitud. Trompetas, platillos, bailarines, seguían a la procesión. Los vasos de aguardiente pasaban de mano en mano, eso sí nunca va a cambiar. Cuando llegábamos a la laguna, en lo alto, nos metíamos con la Virgen a sus aguas. ¡Achachay! Me daba risa ver tiritar a mama Duru, con lo friolenta que era. Rezábamos el Padre Nuestro, el Ave María y otras cosas que ya no recuerdo.

¹⁸ Ranti ranti o trueque es el acto de intercambiar productos de todo tipo, sin la utilización de dinero. Actualmente, esta dinámica se hace en algunas provincias del país. Recuerdo haber hecho una crónica para la revista sobre el ranti ranti de Pimampiro, donde se le conoce como «cambeo». Ranti [randi] a cambio de.

Para tener todo listo el día de la procesión, nos despertábamos a las cinco de la madrugada. A las siete empezaba la procesión por cada una de las calles del pueblo. A las cuatro de la tarde llegábamos a la laguna y luego bajábamos cansados, pero llenos de fe en la Virgen hasta el lugar donde iniciamos. Al siguiente día, los borrachos yacían sobre colchones de flores. Esta fiesta está más viva que nunca como lo puedes ver, incluso, ahora hay mucha más gente. La fuerte inversión en propaganda ha atraído a demasiados turistas los últimos años. Me pregunto si es la misma fiesta en constante cambio o es ya otra fiesta. Peor es el caso de la laguna, ahora es un lugar privado donde acude gente acaudalada de todo el mundo.

—Justo a ese tema quería llegar. Qué le parece si retrocedemos más en el tiempo y desarrolla desde el principio los acontecimientos que llevaron al estado actual de la laguna.

— Ahora sí entramos a caminos lodosos. A ver, mijito, te cuento. Fue en 1988, el Maldonado, dueño de una empresa turística, y sus socios llegaron a Angabamba montados en enormes caballos. Almadueñas los presentó a la comunidad en una asamblea. Nos propusieron construir hoteles alrededor de la laguna, pero antes teníamos que venderles toda la orilla, que eran tierras comunitarias. Estos hombres endulzaron el oído a muchos vecinos: que si aceptábamos, nos construirían una iglesia enorme; que los vecinos íbamos a poder entrar a la laguna cuando quisiéramos; que tendríamos trabajo en los hoteles con excelente remuneración. Todo eso mentían. En ese momento, nadie se imaginaba que habíamos dejado entrar al diablo a nuestra propia casa y que Angabamba se convertiría en un infierno.

En la siguiente asamblea tratamos sobre esa propuesta. El cura de la comunidad estuvo presente para respaldarlos y manipularnos. Recuerdo que nos decía que en vez de ir a rezar en la laguna, recemos en la iglesia que querían construir porque la casa de Dios es una iglesia y no una laguna. Más adelante, nos dimos cuenta de que, desde el primer día, el cura

y los dirigentes estaban confabulados con ellos. Después de un intenso debate, con una pequeña mayoría de votos se resolvió la venta de las tierras. ¿Te imaginas tal disparate? Como si de una secta religiosa se tratara, muchos defendían la empresa a muerte.

Pido un momento para contestar una llamada. Es la secretaria para anunciarme que soy un desempleado más de la patria, algo que ya lo sabía, aunque agradezco la confirmación. Cuando vuelva a Quito tendré que pedir, una vez más, trabajo a mi tío Efraín López en su pizzería. A la mierda la revista. A la mierda Almadueñas. Le pido a la bruja que continúe.

— Hasta ahí, mama Duru había sido una comunera común y corriente. Ella se indignó tanto que afloró su carácter de lideresa. Hasta yo me sorprendí de su cambio repentino. Mama Duru encabezó una caminata hasta la gobernación, a unos treinta kilómetros, para denunciar la intromisión de esta empresa en la comunidad. No pudieron engañarnos a todos y no íbamos a quedarnos con los brazos cruzados. Éramos unas cien personas y las mujeres iban en primera fila. Hicimos un plantón al frente de la gobernación, gritando consignas. Después de esperar unas cinco horas, un grupo de nosotros, logramos reunirnos con el gobernador y le explicamos las razones de nuestra inconformidad. Él dijo que la ausencia de Almadueñas es una traba importante para un acuerdo y que primero nos pongamos de acuerdo entre nosotros. Regresamos con rabia, pero con mucha más fuerza. En los días siguientes, Mama Duru se plantó en media plaza y pronunciaba airados discursos que atraía a más y más gente. Estaba muy emocionada porque pensaba que podíamos darle vuelta a la adversidad.

Como el Maldonado se percató de que no iba a ser tan fácil hacerse de la laguna, decidió acudir a las autoridades. Luego de unas semanas llegaron cientos de policías y autoridades judiciales. Las autoridades dijeron que la venta de las tierras era legal y que pararían el desalojo si les mostrábamos un documento que certificara que esas tierras eran nuestras. En esos momentos no teníamos acceso a los estatutos de la comunidad que decían

por escrito que esas tierras eran de propiedad comunitaria, ya que estaban en poder de la directiva.

Me estoy cansando, debe ser por la altura, aunque seguimos bajando. Un hombrecito, digo hombrecito porque no debe tener más de un metro con cincuenta centímetros, nos queda viendo feo, así como otros más. Sin embargo, unos hombres que aran la tierra nos saludan quitándose el sombrero.

—Aquel maldito 8 de agosto de 1989, que nunca voy a olvidar. Murió un policía y dos angabambeños. Hubo muchos heridos de parte y parte. Lo peor es que de los angabambeños muertos nadie decía nada. La vida del indígena no valía nada. No bastó con arrebatarlos las tierras; nos asesinaron. Para ellos eran simples tierras, para nosotros era un asunto espiritual. La Laguna Sagrada era una waka¹⁹ y no estaba en venta, aunque no hubiéramos tenido ni medio pan en la mesa. Se argumentaba del otro lado que eran tierras abandonadas, claro, como no vieron casas pensaron eso, pero ningún lugar en Angabamba podía haber estado más lleno. Al siguiente día, en la radio, el comandante de la policía advirtió que las cosas no se quedarían así, que capturarían, por boca suya, a los indios terroristas. Sin embargo, ni él ni nadie se acordó de nuestros compañeros muertos. El presidente Torres se empeñó en insistir que queríamos formar un estado aparte con leyes propias y que con eso frenaríamos el desarrollo del país. Almadueñas, por su parte, dijo que aspiraba el bienestar para la mayoría y que ese bienestar vendría con la inversión privada. Todo el mundo parecía estar en nuestra contra.

La Duru está dolorida por ver a Almadueñas reelegido después de tanto daño que hizo.

¹⁹ Lugar sagrado

—Describa con más detalles la represión que sufrieron el 8 de agosto de 1989.

—Ese día tenía varias personas enfermas que me necesitaban por lo que no pude estar ahí. Lo que te puedo contar es lo que vino después. ¿Quieres?

—Sí, por favor.

—La comunidad se reunió de urgencia al día siguiente. Mama Duru propuso una marcha con comunidades vecinas hacia Quito para alzar nuestra voz, pero la mayoría votó por no ir, y la propuesta quedó en el aire. Entonces, me apenó que siguiéramos divididos pese a todo lo que había pasado. Un familiar de Almadueñas tomó la palabra y acusó a mama Duru de ser la responsable de la muerte de los nuestros y de haber reunido a la gente con mentiras. Se solicitó una audiencia, pero yo propuse aplazarla, porque teníamos primero que atender a las viudas y huérfanos, acompañarlos a la velación y entierro en el cementerio local. A esa asamblea faltó mucha gente; sin embargo, se decidió aceptar la audiencia ignorando nuestra propuesta. Se hizo al apuro, con apenas gente. La mayoría estaba en la velación.

Tomaron la palabra los deudos de las víctimas. La verdad es que todos estábamos de luto. Cada uno tres dolores tenía: por la waka, por Wamani²⁰ y por los compañeros caídos. Todos lloramos sus muertes, pero insistían en acusar a mama Duru de conspiración. Decían que ella los llevó a la muerte. Cuando mama Duru tomó la palabra para defenderse dijo que no obligó a nadie a salir, que si lo hicieron fue por amor a la vida. Yo pedí la palabra y corroboré sus palabras. Hablar siempre con la verdad fue su fortaleza. Les dije que ella fue de calle en calle avisando que la policía vendría a desalojarnos de la orilla. ¡Vamos a la laguna! ¡Los policías nos van a quitar todo! ¡Vamos a la laguna! Pero nunca obligó a nadie. De saber que existiría muertos, creo que nuestro accionar hubiera sido distinto.

²⁰ Deidad /espíritu masculino de las montañas, también conocido en la cosmovisión andina como Apu.

Finalmente, la directiva se reunió a puerta cerrada para llegar a un acuerdo. Debatieron por una hora su destino. El secretario leyó el dictamen, que consistía en cuarenta azotes de penco en la Laguna Sagrada, veinte por cada angabambeño muerto, para su purificación. Se le ordenó pagar una suma fuerte de dinero a las viudas que habían perdido a sus esposos. La Duru, que no era rica, pero tampoco pobre, no tenía tanto dinero y tuvo que vender todo que poseía para pagar. También se le ordenó abandonar la comunidad por ser reincidente en alterar la paz social, así llamaron a su lucha. ¡Cobardes! Hasta ese momento no se había expulsado a nadie de la comunidad, ni por asesinato porque siempre estuvimos conscientes de la rehabilitación de los infractores. Cuando hubo asesinatos, la asamblea dedicó días, semanas en investigar lo sucedido, pero en este caso no se demoraron más de medio día. Llegaron a la conclusión demasiado rápido, como en ningún otro caso. Tampoco a los cuatros o estafadores se los trató así. Dimos nuestros argumentos de gana porque ahora sabemos que ya lo tenían todo planeado.

Sigo el paso lento de la bruja. Un chico de unos once años y otro de unos catorce amasan barro con los pies descalzos, al lado de un horno de ladrillos. Ponen paja picada y un poco de agua, y continúan pisoteando. Hay tiempos largos de silencio como éste en los que parece que la bruja hace un esfuerzo por recordar. A tiempos largos me refiero un par de minutos. Si la bruja no continúa durante ese lapso, le hago otra pregunta.

—Al día siguiente, a las seis de la mañana, toda la comunidad se dirigió hasta la placita para el ritual de purificación. El secretario recapituló el juicio de la Duru e hizo hincapié en el próspero futuro que nos esperaba. La obligaron a cargar rocas hasta la laguna y muchos de nosotros nos desesperábamos por ayudarla, por darle agua, pero no nos permitían. Toda la comunidad caminaba atrás de ella. Nos demoramos más de cinco horas en llegar. Mama Duru se metió, cargada las rocas, al agua durante media hora y salió tiritando

de frío. Mientras hacíamos un círculo todos los comuneros, le hicieron sacar toda la ropa. Luego la azotaron en las nalgas, en las piernas y en la espalda para limpiar la mala energía, que supuestamente tenía, y para equilibrar la temperatura corporal y las energías con calor del látigo. Entre azotes, el cura le aconsejaba que no mintiera, que dejara la altanería, que es un pecado matar y todo eso. Tu madre resistió el dolor, pero casi en el último azote, se desmayó. Se suspendió el ritual por diez minutos hasta que se recuperara. Almadueñas se burlaba de mí, diciéndome que si en verdad tenía poderes sobrenaturales, salvara a mi amiga. Después, siguieron los azotes. Nunca en mi vida he visto una cosa así. En un momento dado, el cura ordenó a mama Duru que pidiera perdón a los deudos, pero ella se quedó en silencio como lo hizo durante todo el ritual. Finalmente, se le hizo masticar un trozo de ají, dizque para que no vuelva a mentir.

Y esto no fue todo. La querían meter a un carro para llevarla a no sé dónde. Así, se libaban de una piedra en el zapato. Eso no era normal, si bien mama Duru tenía que irse de Angabamba, ella debía de hacerlo por sus propios medios. Nosotros, sus amigos, nos armamos de valor y nos metimos para tratar de rescatarla. Si iban a desterrarla, tendrían que hacerlo con dignidad. Gritamos varias veces ¡Viva Mama Duru! ¡Viva Mama Duru! Nada tocó el corazón de los dirigentes, ni el de sus partidarios. La situación se puso tensa y se armó una trifulca, manotazos iban y venían, pero nos faltó determinación. En medio de empujones, la subieron a una camioneta y la trasladaron fuera de la comunidad. Nadie sabía dónde se la llevaron. Con esto se daba el mensaje que te iría muy muy mal a cualquiera que ose en revelarse.

—¿Cuándo volvió a saber algo de mama Duru?

—No pasó ni una semana cuando nos enteramos que estaba presa en Quito. Cuando le fui a visitar en la cárcel, me contó que fue entregada a la policía el mismo día que se la

llevaron. En ese tiempo ella estaba muy demacrada, se la veía muy flaca y débil. Me contó que había días que no comía. No recuerdo a cuántos años la sentenciaron, pero eran muchos. ¡Qué impotencia me dio cuando me enteré de aquello! Es que solo de recordar siento que mi sangre hierve. Pasé muy deprimida esa época. Le fui a visitar pocas veces porque el viaje era largo y caro. Ahora es mucho más fácil ir a Quito. Disculpa, no quería llorar.

La consuelo con un abrazo hasta que se recupera.

—¿Y de ahí que sucedió?

—Un año pasó cuando me enteré que la asesinaron dentro. Sentía que el cielo se me caía encima. Había muchos interesados en que ella muriera, empezando por Almadueñas. La versión de las autoridades, que ninguno de nosotros creyó, fue que se había escapado.

—Un señor, con el cual conversé en el camino, me dijo que se había visto a mama por el bosque. Eso podría ser posible si se toma por auténtica la versión oficial del escape.

—Algunas personas dicen que la han visto por el bosque, pero solo son rumores. Han inventado eso, quizás, porque su cuerpo nunca fue devuelto. Ojalá algún día sepamos toda la verdad. Y discúlpame, mijito, yo me desvíó a la casa de una amiga que está convaleciente. Me vino de golpe el afán de visitarla, espero que esté bien. Si quieres, ven mañana para seguir conversando.

—Por supuesto que quiero. Muchas gracias, doña Catalina.

—Mijito, que diosito te bendiga. Ve con cuidado.

—Hasta mañana, cuídese.

No me importa que me haya puesto Río por río de lágrimas. Toda mi vida he pensado que soy alguien que fluye, que se deja llevar como un río. La bruja coincide con la muerte de mama en la cárcel y no puedo evitar sentirme huérfano por primera vez. El sol quema y el viento congela. Alguien debería inventar una cerveza caliente. *On a rainy day, God made*

my heart with adobe. On a rainy day, God made my heart with adobe. On a rainy day, God made my heart with adobe. On a rainy day, God made my heart with adobe. On a rainy day, God made my heart with adobe.

Un montón de policías, funcionarios municipales y empleados de Rob están afuera del Hatun. Rob, que está con Nina, me da la novedad de que van a clausurar el club. Argumentan que se ha infringido los horarios de funcionamiento; tienen razón. Me siento culpable por lo que está sucediendo. Es indudable que Almadueñas está haciendo esto para amedrentarnos. Todo lo que él está haciendo para detenerme, es su declaración voluntaria de culpabilidad.

Domingo, 31 de marzo. 9 am.

Amanecemos en el departamento de Rob, donde iba a quedarme en un principio, que está en la calle Colibrí, entre Rocafuerte y Alfaro, al suroriente de la ciudad. El departamento es, en realidad, un *penthouse* en un noveno piso de un edificio moderno, no muy ostentoso como lo esperaba, pero grande. Cada uno durmió en una habitación diferente, aunque no descarto visitas lascivas de medianoche por parte de Rob o Nina.

Antes de levantarme de la cama pienso en la magia de la bruja, en *mama sin happy end*, más bien, triste. En estos días me han contado más cosas sobre *mama* que en toda mi vida, pues mi padre me dejó pocos recuerdos memorables de ella, el silencio fue su mejor aliado. Silencio, que se vuelve en su enemigo, hoy más que nunca.

El círculo vicioso durante toda la noche: pesadillar-dormir-pesadillar. En la más clara de ellas me encontraba agonizando en mi casa. Tenía un hueco justo en el ombligo debido a una enfermedad desconocida. Ningún amigo o familiar velaba por mí. En cambio, cientos de moscas de color verde metálico merodeaban como cuervos esperando mi muerte. Después de un rato, cedieron a la tentación de devorarme las entrañas estando aún vivo. No sentía dolor, solo un pequeño cosquilleo, extrañamente agradable. Moscas, sangre de mi sangre, repetía durante horas y horas hasta fallecer y, entonces, descubrí que no estaba tan vacío como creía. De alguna manera que no logro recordar o no sé, debido a la narrativa onírica irregular, transmuté en mosca. Revoloteaba alrededor del foco, chocaba contra la ventana y caía desorientado como las demás. No podía distinguir entre mí y el resto; parecíamos todas iguales, tanto por la apariencia física como por la estupidez. Nada más. Desperté muy

perturbado y aún lo estoy. Habiendo millones y millones de animales renazco en mosca. ¿Acaso estoy siendo una mosca porfiada que, creyendo ver el camino, no hace otra cosa que hacerse daño? Llamativo que todas las pesadillas se trataban sobre la muerte.

Salgo de la habitación y paso por la sala que está hecha un desastre. Instrumentos musicales con sus cables desperdigados por doquier, botellas de licor, latas de cerveza, trozos de *snacks* son obstáculos difíciles de sortear y que evidencian una gran fiesta. Se me hizo insostenible después de unos minutos de haber llegado, no pisar esas cosas; Rob lo intentaba sin éxito y Nina los pisaba como si no existieran. Llego a la terraza movido por la curiosidad de saber cómo se ve el paisaje desde esta parte de la ciudad. La gente se ha volcado a las calles. Hoy es el último día de música y baile en la ciudad, mañana hay que regresar a la realidad. Me viene a la cabeza algo que no había recordado sino hasta este momento en que puedo divisar de nuevo al taita Yurak en todo su esplendor, tal como lo hice la vez que intenté matarme en ese sórdido hotel que está cerca de aquí. Recuerdo que estando al filo del alfeizar, lo primero que miré de forma consciente fue al taita Yurak. Al cabo de un momento de contemplar su silueta escarpada, consecuencia del agravio²¹ de mama Sinka, sentí que quería seguir en pie como el taita, aunque yo también estaba quebrado. Mi meta suprema siempre ha sido conservar mi vida y es por eso que después de cada borrachera salvaje agradezco estar vivo. Aquella noche, lo hice con mi mente en blanco, no como un sonámbulo porque lo recuerdo todo. Si he de sacar una conclusión, diría que caí en mi propia mentira, no fue un intento de suicidio, sino una reafirmación del deseo de vivir frente a la posibilidad de la muerte.

²¹ El mito cuenta que el Taita Yurak no pudo dar hijos a Mama Sinka por ser muy viejo. Ésta se enfadó tanto que lo golpeó dejando su cráter roto en una serie de picos.

Me distraigo con un desfile que está pasando por una calle perpendicular a esta, a unas tres cuadras. Distintos personajes en forma de globos gigantes flotan a poca altura: Virgen María; Jesús en todas sus presentaciones, Niñito Jesús, Jesús crucificado, Jesús resucitado; una serie de santos y arcángeles, cuyos nombres nunca aprendí. Una Uchu beer aparece a unos centímetros de mi rostro. Por su languidez, no parece que Nina sujete la cerveza, sino al revés. Cojo la cerveza, temeroso de que Nina caiga al suelo, y tomo un trago. Me invita a regresar a la sala. Nos sentamos en un sillón de cuero desgastado. Con un control remoto Nina reproduce a todo volumen en la televisión *Joda punk* del grupo guayaco Zabandijas de la 18. Tiene una camiseta negra muy larga que intuyo es de Rob y que tapa su minifalda dando el efecto visual de no llevar nada más puesto debajo. Tiene la decadencia de Amy Winehouse y la cara dulzona de una estrella Disney. Esa combinación me parece sexy. Nina canta la canción a todo pulmón y después del éxtasis se limita a beber.

—Ya deja la seriedad, hombre. Anímate, que el día recién comienza.

—Ok.

Nos callamos.

—Cuéntame algo. ¿Eres tímido o callado? Si me respondes en monosílabo, me voy.

—Las dos.

—Muy chistosito, ¿no? Si me respondes en bisílabo, me voy. No, no. Si no me respondes como una persona normal, ahora sí me largo. Cómo te fue con la bruja. Rob me lo contó.

Maldigo a Rob por ser un bocazas. Nina no se va, a pesar de haber ignorado su pregunta.

Se oye gritar palabras obscenas a Rob, que viene hacia nosotros y nos explica la razón. El municipio ha suspendido, esta vez sin motivo alguno, el concierto gratuito que estaba previsto

para esta noche en la calle Estanco. Iba a ser uno de los eventos para cerrar de fiestas y como este año es parte del grupo de priostes se había comprometido con todos los preparativos: músicos, tarima, sistema de sonido e iluminación, permisos, etc. Se lamenta por el público que iba a asistir y por los clientes del Hatun, pero se recompone rápido. No está amilanado, de hecho, lo veo animoso. Jura que hará un concierto jamás visto en Angabamba cuando reabra su club y me propone hacer en este instante una transmisión en vivo para denunciar a Almadueñas. Estoy pasmado por tal propuesta, aunque entiendo que la cancelación del concierto fue la gota que demarró el vaso. Esto me sabe a un ajuste de cuentas. Acordamos lo que vamos a decir y cómo lo vamos a decir. Cualquier palabra nos podría llevar a la cárcel por lo que hablamos de lo acontecido sin acusarlo directamente. Rob saca su iPhone y pide a Nina que nos grabe. Él me presenta a su público como hijo de mama Duru y acto seguido expone la «hipotética» persecución que Almadueñas desplegó hacia nosotros en Quito. Cuando aborda la causa que lo llevó a dejar el periodismo su voz se quiebra. Habla de la desilusión que le provoca no el periodismo, sino hacer periodismo en Ecuador. Yo, por mi parte, doy a conocer el motivo de mi estadía en la ciudad y las «supuestas» represalias que estaríamos recibiendo por esto. Algunas de ellas, manifiesto, serían mi despido, el cierre del bar y la cancelación del concierto. Después de casi treinta minutos, que parecieron horas, terminamos la transmisión. Me sentí absurdo respetando su derecho a la presunción de inocencia. Rob, sin mayores comentarios, se va del departamento.

Recordar cada mal trago que hemos tenido que pasar me dejó sin defensas. Nina se sienta a mi lado y dice que conoce la historia de mi madre por su abuelita que ya falleció y a la que consideró su madre por haberla criado. Me revela su admiración que siente por mama, no sé si para animarme. Nina dice que haber liderado un grupo disidente compuesto en gran parte por mujeres, la convierte en la primera feminista de Angabamba. Hubiera preferido que

sea una buena madre, le respondo. Imagina que fue tu padre quien te dejó con tu madre, no pensarías que tu padre te abandonó o ¿sí? Lo que pasa es que de una madre se espera que siempre esté en el hogar, atado a los hijos, dice Nina, ella dio su vida por la causa, fue una mártir. Agrega que mama podría estar viva, pero creer que está viva me parece lo mismo que un admirador de The Doors crea que Jim Morrison aún vive y las razones para pensar estas cosas, sospecho, vienen del mismo lugar. Por lo demás, sus reflexiones son interesantes.

Sus piernas están lo suficientemente abiertas como para entrever un pedacito de su calzón blanco al fondo de sus muslos, que en contraste con su atuendo pareciera dibujarse la luz al final del solitario túnel por el que estoy vagando. De pronto, es como si todo lo que necesito para estar bien es eso: sexo. Su calzón blanco haría buena dupla con mi bóxer negro, serían como el ying y el yang, como la noche y el día. Calzón blanco como ¿el calzón de la bruja? Decido huir antes de pensar más tonterías. Nina me pide que la lleve conmigo, pero no creo que sea buena idea.

—¡Vamos, niño! No soy una asesina en serie.

—Ojalá lo fueras. Si Rob se entera que salimos juntos, se va a emputar.

—¡Estás loco! ¿Por qué se tendría que enojar? ¿Qué te dijo ese de mí?

—No hizo falta que me diga algo —le digo con determinación—, los vi juntos en la habitación.

—Solo tenemos sexo, pero nada más. Así fuera mi esposo, soy libre de hacer lo que se me dé la gana.

—No encuentro fallas a tu lógica.

Encaminamos hacia la casa de la bruja. Apenas damos unos pasos, Nina me confiesa que está despechada y que necesita un consejo para recuperar a su exnovio que la dejó hace cuatro meses. Le digo que ya encontrará al indicado porque hay muchos peces en el mar.

—Hay muchos peces en el mar —repite tratando de imitar mi voz—. Tienes como treinta años y me dices esas boberías. Prefiero ver un video de autoayuda. Gracias por nada.

No sé cómo acepté venir con ella. A lo mejor, nuestros calzones representan la diferencia insalvable entre nosotros.

— Escucha bien niña. El amor moderno es un asqueroso juego de egos, así que anda acostumbándote —respondo, clavándole la mirada.

— ¡Uy! Qué malote. Desarrolla.

—Te pongo un ejemplo para que entiendas. ¿Has llorado frente a tu novio?

—Sí, muchas veces, con mi ex cuando éramos novios.

—Tu vulnerabilidad solo agrandaba el ego de tu pareja. Por eso, no hay nada más bello y escaso que ver una pareja llorando al unísono. Solo en el momento que prescindimos de la vanidad puede existir amor verdadero; de lo contrario, tarde o temprano, un ego será demasiado grande frente al de su pareja y el amor acabará

—¿Qué más, mi querido sensei?

—No creas a los cantantes ni a los escritores, peor aún, a los periodistas. «El amor apesta, pero no lo bastante», turuturururú...

—Mueves bien el culo cuando estás borracho... ja, ja, ja, ja, ja. Te mueves bien, eh.

—¿Me viste bailar?

—Nunca había visto a alguien bailar tan raro.

—Sin comentarios

—No sé cómo me puede ayudar esto para recuperar a mi ex, pero al menos me hiciste reír.

—Mira, como el juego de egos lo ha ganado él, su ego, está en las nubes. Por lo tanto, tu única estrategia posible es no tener estrategia, no hacer nada y quizás, solo quizás, tu ex vuelva.

— Entonces, ¿ya no debo llamarlo?

—¿Qué crees?

—¿No?

—¡No!

Pasamos por el desfile de globos. Esta vez es el turno de Mickey Mouse, Shrek, Bob Esponja. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia (Macy's Thanksgiving Day Parade). Nina me dice que el desfile auspicia el municipio y es la primera edición.

Después de la difícil cuesta, llegamos muy agotados donde la bruja y encontramos al mismo tipo que vi ayer en el mismo lugar, esta vez, se encuentra desherbando. Sin decir nada, nos anuncia que la bruja sí está, pero que tiene fiebre y reposa en su cama. Lo dice con un tono desafiante, ya no tiene la amabilidad de ayer. Le sugiero que deberíamos llevarla a un hospital. Responde que a la bruja no le gustan los médicos ni los hospitales.

Damos media vuelta y emprendemos el regreso.

Quiero saber qué piensa la gente de mama y comienzo a preguntar a todo aquel que se nos cruza. Cuatro responden que no la conocen y dos responden cosas que ya sabía. Noté cierto recelo en responder a un extraño. Paso por donde los chicos que estaban haciendo ladrillos el día de ayer. Ahora los ayuda una anciana. Con un balde ponen el adobe en una serie de moldes con la forma de ladrillos listos para ser oreados por el sol y el viento. Esta vez no soy directo y para ganarme su confianza les pregunto algo sobre el oficio. El mayor de ellos nos dice no estamos horneando galletas, forasteros y se ríen. Les digo permítanme echarles una mano. La anciana dice váyanse o llamaré a la policía.

Regresamos por las mismas calles que subimos especulando sobre la actitud hosca del señor en la casa de la bruja. Nina piensa que yo tengo la culpa del malestar de la bruja. Su exceso de memoria la está enloqueciendo y eso no es culpa mía, le digo, conserva a detalle tantos recuerdos traumáticos. Nina arguye, con tono bajo *in crescendo*, que los periodistas no ayudamos a olvidar, que vemos a las personas con valor de uso. Nina da por terminada la conversación diciendo que estamos llegando lejos con las conjeturas. En todo caso, la bruja pudo ocultarse deliberadamente.

—Esta conversación me recuerda a un poema que hice como deber para el curso de kichwa que estoy siguiendo. Escucha.

Tutan Tutan shuk aknaypi shunkumanta
chulunlla rimaywan yallishka yuyaykunata wallpani.
Chay yuyaykunawan, pampashka watakunamanta
tukuy pachapi rikukushkashina, kallariypi,
wakinpika kuri kullkiwa rurashka sumak allpami
shinapash kuyay tukuripika pirkakuna urmashkashinami sakirin.

Wayku yaku kutimukshinami kanchik, shinapash chikan,
ñawpa yaku ñawimanta, asha, asha rukuyamun;
ishkay mashikuna ñanpi takarikshina,
shinapash paypura mana riksinakunkunachu.

—¿Y en castellano qué dice?

—¡Qué! Pensé que sabías kichwa.

—Sí, pero el mezclado. Tú sabes el verdadero.

—No creo que ningún kichwa sea el verdadero. Ya quisiera yo tener tu conocimiento.

—Dime qué significa.

En un ritual de fe cada noche
esculpo con silencios el ruido de los recuerdos
para exhumar mi paraíso enterrado en los años,
como si lo viera, siempre, por primera vez,
a veces es un paraíso hecho con metales preciosos
y cuando el amor se me acaba son solo ruinas.

Somos el agua de río que regresa, pero distinto,
al antiguo cauce que envejece lentamente,
como dos amigos que se cruzan en la calle,
pero no se reconocen.

—Me gustó más en kichwa.

—Pensé que no lo entendiste.

—Sí, por eso mismo... no me gustó la traducción.

—No es la traducción. Primero escribí en castellano y lo traduje a kichwa.

—Ah, entonces no me gustó el poema.

—Me agrada tu sinceridad.

—¡Ya sé lo que le hace falta! A esa letra le hace falta sandungueo.

Nina me lleva a una feria de gastronomía en la Plaza Central. El ambiente en la ciudad es familiar, contrario al de días anteriores. Angabamba se va despertando de la resaca colectiva. Mañana es día de trabajo. Mientras esperamos nuestra orden que consiste en dos platos de fritada y dos Club verde, Nina plantea la posibilidad de que un agente secreto de Almadueñas nos podría estar persiguiendo; yo no descartaría del todo esa extravagante idea.

Vamos en taxi a la única universidad de la ciudad, la Universidad Católica de Angabamba, donde, según Nina, recalco, según Nina, hay una de las bibliotecas más completas del país. Quiero encontrar algo sobre el conflicto. Busco en las estanterías de historia durante horas, pero es en vano. Si Almadueñas pudiera, robaría el 8 de agosto del calendario y de nuestra memoria.

Lunes, 1 de abril. 9m.

El impacto del video ha sido tal que, siendo las nueve horas con siete minutos, van trescientos ochenta y cuatro mil novecientos setenta y cinco visualizaciones, y aumentan vertiginosamente cada hora. Se han sumado alrededor de diez mil suscriptores al canal de Rob. Los «Me gusta» son once mil trescientos cuarenta y dos, y los «No me gusta» son ochocientos diecisiete. En la caja de comentarios se puede leer opiniones en extremo opuestas. La mayoría nos expresa su empatía por lo que estamos atravesando. A unos les da tristeza, o rabia ante la impotencia de no poder hacer nada. Esto es entendible porque Rob es un sujeto muy querido por sus conocidos y por sus suscriptores. Otros expresan su malestar porque piensan que Rob quiere entrar a la política o que está vendido a los adversarios políticos de Almadueñas. Hay gente que crítica al Hatun, sin argumentos. En los comentarios más duros nos profieren toda clase de insultos atacando directamente a nuestra integridad con palabras obscenas. Hay algunos irónicos y ofensivos que me dieron gracia: «Solo con ver a Rob me da ganas de tomar 🍷 😊». Otro decía: «Rob presidente 😊». No veo a Rob en esa posición, aunque me gustaría tragarme mis palabras como pasó en el caso del Hatun. Malos chistes haciendo alusión a nuestra inclinación sexual.

Por otro lado está el Troll Center. Si bien los comentarios anteriores pudieron provenir de troles. Un tal Carlos Fernández sin foto de perfil comenta: «Este se la pasa borracho, yo trabajé para él cinco años y no me afilió al seguro social y me despidió sin darme una liquidación 😞😞😞😞😞😞» Lo que es imposible porque Rob abrió el club hace tres años.

Otro, con la foto de perfil de un carro, dice que mi madre fue una indígena que fue expulsada de Angabamba por abandono de hogar y por ladrona. Desde la cuenta oficial de Twitter de Almadueñas no se ha hecho ningún pronunciamiento. En la cuenta @alpacapolítica decenas de tuits nos injurian; troles y usuarios comunes, que han caído en sus provocaciones, siguen la corriente. Con la experiencia que tenemos en estas cosas, mal haríamos si respondiéramos a esas provocaciones, por eso los ignoramos.

En las redes, Almadueñas es tendencia. Desde otros perfiles denuncian abusos por parte del municipio: cantidades excesivas del impuesto predial, aumento en las multas de tránsito, etc. Voces de desaprobación a la gestión de Almadueñas y memes burlándose de él abundan.

Rob y yo estamos recibiendo constantes llamadas intimidatorias para que eliminemos el video. No solo no tenemos intención de eliminar el video, sino que hacemos otro video, esta vez, habla también Nina, para convocar a un plantón en la Plaza Central, donde se encuentra la alcaldía, el primero de mayo.

Publicamos el video en nuestras respectivas redes sociales.

Martes, 2 de abril. 5pm

Mientras las visualizaciones del video siguen aumentando, un señor se ha puesto en contacto conmigo, quiere dar su testimonio. Hacemos un videochat. Él está en Loja y yo estoy en el departamento de Rob junto con Nina.

El señor prefiere mantenerse en el anonimato. En aquel tiempo, él tenía veintisiete años y vivía cerca de la Laguna Sagrada, cuya agua la utilizaba para labores cotidianas: dar de beber a sus animales, cocinar, bañarse. Sentía que estaba en juego su propia subsistencia y por ello salió en defensa de la laguna. Sabía que era peligroso, pero nunca se imaginó que llegarían tantos policías en buses y camionetas. Unos ciento cincuenta policías contra unos doscientos angabambeños, dice el señor frente la pregunta hecha por Nina. Ayudó en la colocación de ramas, piedras, cualquier cosa que sirviera para bloquear el camino y no dejarlos pasar. Estudiantes, mujeres, hombres, ancianos, todos se unieron por la causa. Almadueñas y sus seguidores, como era de esperarse, no asomaron ni la cabeza.

Con un megáfono, un policía advertía que tenían que despejar el camino o lo harían ellos mismos. Un pequeño grupo fue a conversar con los policías para hacerles entrar en razón, mas no hubo acuerdo. Regresaron y decidieron esperar bien plantados. Inesperadamente, sonó ¡buuum! ¡buuum! Lo siguiente que vio fue cómo una bomba lacrimógena caía a sus pies. Quiso cogerla para tirarla a un lado del camino, pero se quemó. Bomba tras bomba caían como gotas de lluvia. Moqueando y lagrimeando se escondió en una quebrada, pues le dio temor que una de esas bombas de metal le diera en la cabetza; sin embargo, la mayoría siguió resistiendo.

También había chapas intimidados, recuerda el señor, pero con el objetivo de cumplir con su egoísta y criminal misión. ¿Y mama Duru?, interrumpe Nina. Ella había perdido el miedo a las bombas lacrimógenas y las cogía con sus propias manos acostumbradas a las brasas del fogón para lanzarlas de vuelta a los chapas. Por eso, cuando tuvieron la oportunidad la molieron a toletazos y puntapiés. Ensangrentada, gritaba con furia para dejar en claro que las tierras no les pertenecían. Él también quería gritar, pero el humo y el brillo de la sangre al sol le provocaron un mudo pavor. Las razones de no desmayar se hicieron aún más fuertes cuando vieron yacer sin vida a su vecino. ¿No le dio cargo de conciencia?, volvió a interrumpir Nina, sus compañeros dejaban su vida y usted se escondió. Por cierto, es Nina la que parece periodista, una periodista incisiva. Esta vez, el señor no responde.

El correteo de un bando y de otro siguió hasta la noche. Cuando sus compañeros retrocedían mucho sacaban piedras de donde sea para tirarlas a los chapas y recuperar espacio perdido. A los policías rezagados los apaleaban sin compasión. Luego era el turno de los comuneros retroceder al verse asediados por las bombas. Como su voluntad de ir a apoyar nunca desapareció, pensó que ya había visto suficiente y quiso ayudar, pero sus piernas no le respondían. Su cuerpo estaba paralizado por el miedo. (Esto último parece que lo hubiera maquinado para defenderse de las arremetidas de Nina)

Su papel de mero espectador cambió cuando capturaron a un policía. El policía andaba encorvado, tanto que parecía un duende. Lo metieron al cuarto de los chanchos de su propiedad y alguien, que no recuerda, le lanzó un baldazo de agua fría. El chapa temblando rogaba por su vida. El señor le amarró las manos y se quedó custodiándolo.

Hubo una especie de tregua a eso de las diez de la noche hasta el siguiente día, cuando fueron policías a realizar allanamientos para encontrarlo. Lo encontraron sí, pero muerto. La idea había sido retenerlo para que los policías abandonen Angabamba y hacer un canje con

los comuneros apresados. Si querían volver a ver vivo a su compañero, tenían que largarse, pero no lo hicieron, peor aún, a las ocho o nueve de la noche asesinaron a otro comunero. Fue ahí que mama Duru organizó una votación informal. Todos levantaron la mano y acordaron que el policía no merecía vivir, entonces, la ortigaron y rezaron por su alma. El señor no recuerda quien lo degolló, pero dice que él no fue. Prácticamente les habían declarado la guerra. Hasta el día de hoy, el señor cree que fue *ojo por ojo* y que no actuaron con maldad. ¡Quién nos iba a devolver a los nuestros!, vocifera el señor. Él está convencido que pagaron justos por pecadores porque cree que Almadueñas debió morir ese día. A la mañana siguiente, fueron cientos de militares y ocuparon a la fuerza el sector de la laguna. A partir de ese día solo iban a ver a la laguna desde el Yurak o el Sinka.

Le pregunto por Almadueñas. Era un joven de bien, a veces lo encontraba nadando en la laguna. Lo había conocido porque es hijo de una antigua amiga de su tía. Almadueñas y su mamá siempre iban a curarse con su tía, que era bruja. Por falta de dinero, a veces, la madre de Almadueñas pagaba con hortalizas que ella misma cosechaba. No sabe en qué momento Almadueñas decidió ir por mal camino, pero recuerda una anécdota. Almadueñas, ya adulto, se había ido a vivir solo, con su perro guardián. Una mañana encontró a su mascota, enferma, con síntomas de envenenamiento. Llegó sudando a casa de su tía para salvar al perro, que lo llevaba en una carretilla. Ella le dijo a Almadueñas que vaya a comprar yerbas para preparar un brebaje desintoxicante, pero era más de lo que él estaba dispuesto a hacer y rechazó la ayuda. Cogió su carretilla y dejó botado al perro moribundo. Su tía lo curó, como no podía ser de otra manera. Al día siguiente se enteraron que han entrado a la casa de Almadueñas para robarle todo. Si el perro seguía con él, entonces no lo hubieran robado. No le importó su perro, sólo le importó él mismo. Hay gente, según su parecer, que busca la

felicidad dentro de sí misma, cuando la felicidad está en armonía con los demás seres del mundo. Eso es todo. Terminamos la conversación.

Le digo a Nina que desde joven Almadueñas es un completo idiota, a lo que Nina me pregunta por qué. Le digo que por el perro, pues, lo que nos acaba de contar el señor o que a ella no le parecía lo mismo. A lo que ella me responde que no, que ella se hubiera ido a emborrachar por su perrito muerto y nos reímos a carcajadas.

Comprendo que al principio fue un acto en defensa propia para frenar la violencia, pero que se ejecutó por venganza. Cuando Charles, en la película *Adaptation*, no entiende a Donald por qué estaba tan feliz con Sarah si ella se burlaba de él, Donald responde: «Tú eres lo que amas, no lo que te ama a ti». ¿El amor es subjetivo o recíproco? Yo amo a mama, pero ¿mama me amó? ¿Mama amó más a su comunidad? ¿Su comunidad la amó? ¿Quién fue mama? No sé si encontrar la verdad de mama tiene sentido a esta altura, hay tantas Mama Duru. Tal vez es más fructífero conocer el legado que ha dejado en los jóvenes. Por eso, creo que es igual de interesante lo que Nina me dijo que cualquier testimonio de primera mano.

Me voy al baño, me siento mareado. Me veo en el espejo, veo a mama y la golpeo. El espejo trizado vuelve a reflejar mi rostro. Es hora de construir mi magno proyecto: matar a mis queridos fantasmas.

Jueves, 4 de abril.

Almadueñas está utilizando todo su aparataje mediático para desacreditarnos, pero es demasiado tarde; la antipatía en su contra está creciendo alrededor del país. Movimientos sociales han anunciado que se unirán al plantón organizado por nosotros.

Periodistas independientes han ayudado a difundir nuestro caso. Han salido a la luz juicios antiguos, los cuales habían terminado en tratos preferenciales para Almadueñas.

Miércoles, 1 de mayo del 2019

Miles de personas de todas las edades y todos los colores, con una presencia mayoritaria de jóvenes, inundan la Plaza Central. Reporteros de los principales canales de televisión están la concentración.

Cuando era pequeño veía con mi padre, documentales de National Geographic y no entendía por qué las manadas de búfalos, potencialmente más peligrosas que cualquier animal, huían de los leones. Daba la impresión de que sus cuellos evolucionaron miles de años para caber en los hocicos felinos. Hasta que una vez, un búfalo le plantó cara al león que los perseguía, luego se unió otro, luego otro y luego toda la manada cercó al león y lo mató. En el caso de los humanos ocurre algo similar: la sublevación es una rareza y hay solo una acción de distancia entre cazador y presa.